

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 15 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO Con Jorge Brandes, por Clair Price.—Los extranjeros lo que quieren es la tierra, por Federico Llavé.—No nos descas-
tes, por Hernán Zamora Elizondo.—Señas de escritores.—Informe que presentó a la Sociedad Económica de Amigos del País,
el Concluye.—La estimación extranjera.—Salvador Díaz Mirón, por Rafael Cardona.—Elogio de los Elogios de Maragall, por
R. Albert Arrieta.—Don Salvador Díaz Mirón, por Flavio Guillén.—El buen ejemplo.—Bibliografía titular.—Dos cantos de
Lafra, por Agustín Acosta.—Tres personas distintas y una sola verdadera, por Santiago Argüello.—Jesús, un mito, por Rómulo
Tr.—La Edad de Oro. (Con lecturas para niños).

Copenhagen.

En un día de la puerta, en el ter-
cer de una casa de alqui-
er, en S. Boulevard en 27, hay
na borna de bronce que
stenta el nombre de Brandes. El
nismo Brandes a quien Clemen-
eau, al inicio de la guerra, di-
gigió su famosa carta *Adiós, Bran-
des*. El hombre que habita ese mo-
desto terrero es un europeo
que ha sacado a Europa.

Situado encima de la obra
mecánica es Clemenceau, re-
presenta la leyenda casi olvidada
de «el buen europeo». Su tragedia
y la nueva Europa, de
cuyas ideas es el crítico domi-
nante y por cincuenta años,
apenas existe. Ha sido eclipsa-
da por el saqueo de nacionali-
dades que acuden más
prontamente a las armas que a las
ideas.

«Europa», clama. «¿Existe aún
la idea de Europa? Tenemos en
las ciencias la civilización euro-
pea, pero discutible si existe
una cultura europea. Ya no se
considera el saber. Hoy
se alaban las simplezas y las es-
tupideces. Las naciones se tienen
aversión. Las clases, los partidos
políticos, las religiones se
tienen más desconfianza. La jus-
ticia sigue un ideal. El Pa-
lacio de la Haya perma-
nece vacío. El demonio
que nos domina es la guerra
mundial y sus consecuencias.

«A esto se arrastrado el nacionalismo.
Los nombres en el mapa, que deben estar
por encendido cambio, han comenzado
a borrarse. La patria ha sido sustituida por
Oslo, un nombre que no puede pronunciar
ni un francés ni un ruso. Y Petersburgo, ¿cómo la lla-
man hoy? ¿Europa, como tal, salvada
para la Prusia?»

Se inclina un anciano, cansado y
desfallecido y exclama: «Esperémoslo así».

Así es Jorge Brandes. No es un hom-



Con Jorge Brandes

bre fácil de entrevistar, porque siendo el
europeo que es, piensa y habla en las len-
guas mayores de su Continente, deslizán-
dose constantemente de una lengua a otra,
saltando sus palabras en un torrente de
francés, alemán, inglés. Tiene ochenta y
cinco años. Su cabello blanco está un poco
más ralo, pero aún se arquea por detrás de
su ancha frente en dos penachos. El bigote
se dobla delgado en las extremidades de
su labio inferior; sobre su barba hay un

menudo mechoncito. Tiene muchas
más arrugas que antes. Pero el
antiguo fuego arde todavía.

En el movimiento de su cejas
cuando habla, en la expresión se-
vera de su boca cuando las ideas
bullentes toman forma, en el juego
de sus brazos, y sobre todo en el
empuje repentino de su brazo de-
recho y de su largo índice cuando
sorprende un nombre fugaz y lo
hace salir en una explosión de
vehemencia, en todas estas cosas
está el genio peculiar de un hom-
bre que ha gastado cincuenta años
luchando por la libertad intelec-
tual.

Estaba vestido con el sombrío tra-
je del período del que es un sobrevi-
viente: corbata negra, casaca negra,
puños redondos. Es en su estudio,
y nada más que allí, en donde es
completo su retrato; porque es en
el mundo internacional de las ideas
en donde se ha convertido en la
personificación del ideal nietzschi-
ano del «buen europeo». Sentado
el otro día con cuatro paredes de
libros en derredor; junto a una
mesa apiñada de libros hasta buena
altura; frente a un escritorio de-
sordenado, de libros y magazines
todavía con sus embalajes, su vi-
sitante casi podía oír la rotación
distante de las prensas tipográ-
ficas de los rincones de Europa,
el débil y lejano ruido de cientos
de editores enviándole miles de
libros con millones de páginas, la
mayor parte de ellas sin cortar.
Sin embargo, las páginas no per-

manecen en el estudio de Brandes mucho
tiempo sin cortar. Es tal la inquieta energía
que él mantiene de frente en el incesante
flujo de literatura de toda Europa. La
fronteras sofocarían a un hombre semejante.
Toma por el brazo a su visitante y lo
conduce a la mesa apiñada de volúmenes
franceses, alemanes, noruegos, suecos, dan-
neses, italianos, rusos, ingleses. «Por correc-
de la mañana me llegaron solamente cin-
cuenta y nueve», exclama,

Lo conduce luego a la alta y coronada estantería a lo largo de las paredes. En la conversación entran grandes nombres: Freud, Poincaré, Shaw («Es siempre tan fresco y joven que no puedo olvidar que es un vegetariano»), Ibsen, Briand, Nietzsche, Romain Rolland, Wells («Produce demasiado, demasiado»), Tolstoy, Kropotkin, Jean Jaurés.

Ante una sección repleta de los propios libros de Brandes, su huésped insiste en detenerse. Estaba allí la producción total de cincuenta años de historia, de literatura y crítica. Los seis volúmenes de sus *Principales Corrientes en la Literatura del siglo XIX*; las obras de Holberg, Lord Beaconsfield, Shakespeare, Ibsen, Goethe, Lassalle, Voltaire, César, Polonia, Rusia, la Guerra Mundial; las memorias y poemas. Mientras Brandes fulminaba contra los terribles crímenes de traductores desautorizados, el visitante contemplaba la prodigiosa producción total del hombre que reveló a Ibsen, Bjornson, Strindberg, Holberg y Andersen al mundo extranjero; y a Taine, Schopenhauer y John Stuart Mill a su Escandinavia, y quien, como resultado de eso, fué a parar desterrado a Berlín.

Es difícil imaginar un albergue que congenie más que Copenhagen con el «buen europeo». Tolerante, graciosamente escéptica, libre de ilusiones, reluciente de la sátira saludable, este «París del Norte» es, sin duda, un sitio ventajoso para un intérprete de valores internacionales. Sin embargo, bajo su superficie centellante existe hoy un viejo resentimiento contra Georg Brandes. Fué una antigua generación de partidarios de una política exterior agresiva la que hizo de Dinamarca un sitio invivible para Brandes. Es una nueva generación de idénticos partidarios, una generación peculiar a esta agrietada Europa nacionalista, la que al presente previene al visitante extranjero que Georg Brandes no ha de aceptarse como un danés representativo.

Es cosa bastante rara para un crítico hacerse conocer fuera de su país. Más raramente aún adquiere un crítico reputación europea. Es casi increíble que escribiendo Brandes en su lengua puramente local se haya convertido en el crítico más grande desde Taine. Sin embargo, para algunos daneses hay una sugestión de algo ligeramente satánico en las dos carreras de cabellos blancos que se arquean por detrás de la frente de Georg Brandes; algo mandarinesco usan año en el pellucón de pelo ralo y blanco de las extremidades de su labio superior. Los hombres que no capitulan son populares ni siquiera en Copenhagen. Y hasta puede ser que «buenos europeos» no se deseen por más tiempo en Europa.

Señala a su visitante una silla y se sienta junto a su escritorio. Estábamos asegurados contra las interrupciones, pues recibe hoy Brandes pocas visitas. En su estudio arrojan diariamente cien cartas y multitud de libros, manteniéndolo en contacto con el pensamiento del mundo; pero los curiosos buscadores que se agrupan junto

a su cuarto del tercer piso encuentran la puerta cerrada.

«Nada podría hacerse con ellos. Me roban los libros, me roban todo lo que pueden encontrar como recuerdo. Un Ministro de Educación me robó la pluma del escritorio. Sólo valía cuatro peniques y le escribí dos veces pidiéndole me la devolviera, sin obtener ni la cortesía de una respuesta. He tenido que condenar mi puerta.»

Los hombres no se acercan hoy a Brandes en busca de alimentos para un fácil optimismo. Un europeo que ha sobrevivido a Europa, un internacionalista que ha visto despedazarse la tierra que pisa Brandes, a sus ochenta y cinco años, es profundamente pesimista.

«El nacionalismo caracteriza nuestra edad presente, afirma. Las naciones han caído en el hábito estúpido de alabarse a sí mismas. Cada nación se cree la primera del mundo. Este amor de sí mismo, este hábito de alabarse a sí mismo, se ha esparcido de Europa a Estados Unidos. El nacionalismo ha echado raíces en los Estados Unidos, aunque con excepción de Suiza, ningún país del mundo pareciera ser menos nacional en su estructura. Su población ha sido reclutada en países de tipo de muchísima variedad. Pero cerrando sus puertas a la inmigración, se han vuelto nacionalistas.

«El resultado del nacionalismo es una nerviosidad que ahoga la crítica legítima. La vida política de Inglaterra y de los Estados Unidos ha sido siempre tan vigorosa, que la crítica extranjero nunca ha parecido tocarla; pero en la Europa continental la nerviosidad que existió antes de la Guerra se ha acrecentado más allá de lo creíble. Los alemanes y los franceses han sido siempre nerviosos a la faz de la crítica extranjera. Desde la Guerra los franceses y los polacos han sufrido especialmente por causa de su deseo de admiración extranjera. Francia y Polonia han extremado tanto las cosas como para sospechar de enemigos a los extranjeros que han faltado a ofrecerles la admiración que demandan. Los amigos y admiradores de estas naciones no

se atreven hoy a expresar opiniones por temor de ser mal comprendidos.

«En estas circunstancias la perspectiva de la paz del mundo ha desaparecido prácticamente. Los ideales de libertad para los pueblos, tal como se expresaron el siglo XIX, están en el olvido. Tenen dictaduras políticas en el S. Europa en Rusia. Tolstoy, Ghandi y Romain Roll han sido atraídos por la perspectiva de paz mundial.» Brandes mueve sus labios en un gesto de derrota llen de dolor.

«El siglo XX ha sido un siglo de ilusiones. Europa entró en él, deopta de ilusiones. Nuestros más notable hombres de todas partes creyeron lo que quisieron creer. Herbert Spencer en Inglaterra propagó la doctrina de que los instintos de la humanidad producirían a voluntad la paz del mundo. Dostoievski, en Rusia, predicó doctrina de la paciencia, mientras Tolstoy y Kropotkin proclamaron su creencia en la bondad esencial de la humanidad. Los pueblos han ido más lejos. La balenencia se ha predicado a través de Europa de América. En lo que concierne a las masas de los pueblos, todas las naciones eran amantes de la paz en 1914. Ser groso fué simplemente para ellos ser patriota. El patriotismo y la paz mundial no entienden.»

Tal es Georg Brandes a los ochenta y cinco años. El valor del lenguaje por la libertad intelectual, la clara y flexible lógica del internacionalista fáciles de comunicar; pero ninguna hoja de sa puede comunicar el gran fuego del entusiasmo, la animación de su plática, el d y distinción con que sus palabras se pronuncian, ora aguijoneándolo a una articulación que parece a ratos una agorra llevándolo a actitudes de exhaustión física y mental.

«El futuro es oscuro», ag en tono débil y cansado. La próxima era difícilmente tendrá lugar en Europa. ¿Se le ocurre a alguien la idea de Europa?»

Traducido del *The New York Times Magazine* para el REPERTORIO AMERICANO

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupadas en las caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, etc.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE CENTE y como reconstituyente, la MALTA.

Ginger-Ale, Crema, Granen Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pe...

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Doble, Ment, Frambuesa, etc.

SAN JOSE — COSTA RICA

Palabras ejemplares y oportunas para Costa Rica

Los extranjeros lo que quieren es la tierra

Nuestra isla¹ es pequeña y densamente poblada. La vuestra² es como cinco veces mayor y con sólo las dos terceras partes de nuestra población. Vuestro campesino tiene de sobra la tierra que necesita para vivir y trabajar, y el nuestro tiene que vivir a expensas de un mísero jornal que le impone su patrono y que no le alcanza para cubrir las más perentorias necesidades de su vida, porque la mayor parte de la tierra puertorriqueña está ya acaparada por las corporaciones, y porque el arancel, que protege a éstas en el valor de sus productos, encarece a la vez el alimento y el vestido del trabajador reduciendo aún más el mísero jornal que gana.

ANTONIO R. BARCELÓ
Presidente del Senado Insular
(Puerto Rico).

Para quien, como yo, haya leído sus juiciosas frases³, hijas del saber y la experiencia, atendiendo más a lo que Ud. entre líneas sugiere que a lo que dice expresamente, sus declaraciones merecen ser conservadas en el corazón y en la mente de los dominicanos, a fin de tenerlas muy presentes en todos los instantes necesarios.

La principal y más atendible de sus declaraciones es la que se contrae al acaparamiento de grandes porciones de terrenos por poderosas compañías extranjeras para explotarlas en su exclusivo provecho. Estoy tan convencido de ese mal, lo he advertido con tanto interés patriótico a mis conciudadanos, que no me puedo sustraer al deseo de darle a conocer lo que dije al respecto en fecha 11 de agosto de 1923 en una carta pública dirigida al Lic. Fco. J. Peynado, lo cual demostrará a Ud. cuán compenetrados estamos en ese importante problema antillano.

Decía entonces y confirmo ahora:

Y ya que de sus ideas de bien nacional trato, permítame que me refiera a la sabia y oportuna de «estimular el fomento y auge de la pequeña propiedad a fin de que no caiga en manos de acaparadores, sean éstos extranjeros o nacionales».

Ninguna idea previsoras de más trascendencia, de más necesidad de defensa, que la apuntada por Ud. Mucho se ha hablado sobre ella; pero nada se ha determinado. Bien valdría la pena legislar sobre ella y hasta hacerla material constitucional. Hay que poner coto a la peligrosa tendencia de nuestros terratenientes. Nuestros propietarios de terrenos comienzan a pensar en el «negocio» que harán vendiendo al extranjero sus tierras a precios que ellos estiman ventajosos. Ha habido ya quien, al vender su predio agrícola (muy mal vendido por cierto) haya exclamado «¡me salvé!», sin

pensar que en realidad lo que ha hecho es «hundirse», porque muy pronto no tendrá terreno ni nada; y de propietario, de hombre de alguna garantía, de hombre que pudo aprovechar ventajosamente, con su trabajo, la base de su prosperidad, que era «su tierra», tal vez muy pronto lo tengamos convertido en parásito de la sociedad.

Es un error el que comete todo el que tenga un predio agrícola de venderlo al extranjero. Debiera fijarse en que los extranjeros no compran casas, pues eso para ellos es negocio de mujeres o de menores; ellos siempre van en pos de fincas rústicas. Lo que quieren ellos es la «tierra». Y la tierra es lo que venden y se preparan a seguir vendiendo nuestros incautos terratenientes. Por estar casi toda su tierra en manos de Lores ingleses es por lo que Italia y Portugal sienten tan de cerca la influencia inglesa. Y eso que se trata de una gran nación como Italia y de otra de relativa importancia como Portugal, país éste al que se le denomina «la colonia independiente de Inglaterra». Los extranjeros lo que quieren es la tierra. Ellos piensan, como Astor, el multimillonario, quien en sus últimos momentos decía a sus hijos que rodeaban su lecho de muerte: «Conservad las tierras que os dejo y comprad todas las que os vendan». Y como Henry George, que ha dicho: «El que es dueño de la tierra lo es también de sus productos. La posesión de la tierra es la base de la potencia económica, de la potencia social y de la potencia política». Y como Tolstoy, que ha dicho: «En el cultivo intensivo de la tierra está la solución de la cuestión social». Y como el Cándido de Voltaire, que veía la felicidad en que cada uno «cultivaba su jardín». Y como los antiguos españoles que decían: «El que vende tierra come tierra».

¡Tierras! fué el grito del proletariado francés en 1789. ¡Tierras! fué el grito de los campesinos rusos hasta la emancipación de los siervos decretada por el Emperador Alejandro. ¡Tierras! fué el grito secular del proletariado irlandés hasta el día memorable en que el gran Rey Eduardo Séptimo, padre del actual monarca inglés, realizó la inmensa reforma de la expropiación de las tierras de Irlanda en favor de sus agricultores. ¡Tierra! es el grito de los italianos yendo a Tripoli. ¡Tierra! es el grito de los alemanes pidiendo gran parte de las feraces comarcas del Congo francés. ¡Tierras! acaso sea el verdadero motivo de la gran contienda mundial que asombró y asoló al mundo. Es tan vehemente, tan instintivo el deseo de poseer tierras que ya los mismos socialistas, en todo el mundo, retroceden, respetuosos, ante la pequeña propiedad agrícola. Con la posesión de la tierra se establecen las bases de la potencia política

y social, y se hace, a la vez, un buen negocio.

Henry George ha demostrado la profunda verdad de esta ley económica: «el valor de la tierra se halla en la razón directa de la población.» Y como, por una ley natural de evolución, en Santo Domingo tendrá que aumentar la población, el precio de la tierra subirá. Cuanda los americanos adquirieron las islas Hawaii, apenas valía dos o tres mil pesos la caballería de tierra. Hoy vale treinta y cinco mil! Igual ocurrió con Puerto Rico, donde, a la entrada de los americanos, se apresuraron incautamente los hijos del país, a venderles sus tierras, creyendo hacer un buen negocio; y el dinero lo invertían en casas e hipoteca. Hoy en día todos los que vendieron, todos los que se deshicieron de sus tierras, están arrepentidos y hasta desesperados. En Cuba hace tiempo que se ha dado el grito de «la tierra se va» (que más propiamente debiera ser «la tierra se nos va», porque la tierra queda, sólo que va dejando de ser del nativo) y los cubanos, aunque tarde tal vez, han comenzado a estudiar el problema, considerando que vendiendo la tierra, venden la soberanía, la verdadera soberanía, la del suelo, detrás de la cual se va todo lo demás.

Es verdad que en Santo Domingo los terratenientes, los productores, no han sido puestos nunca en condiciones de defender o retener sus propiedades: aquí no hay espíritu de asociación ni hay crédito territorial hipotecario y agrícola. Aquí un hombre es un propietario de una gran finca, por ejemplo; él tiene que soportar el peso de esa gran mole; y como no hay bancos agrícolas, su situación es siempre embarazosa. En eso viene el capital extranjero y le ofrece una suma en moneda contante y sonante y grita ¡me salvé! y larga el clavo ardiendo que tiene en la mano.

Los que, como usted son oídos, deben hacer incesante campaña para que nadie venda sus predios agrícolas ni sus tierras, y menos ahora que se inicia de nuevo la era de los grandes centrales extranjeros, de esos «latifundios», pues donde hay «latifundios» hay inmensa riqueza (la de ellos); pero, hay, también, inmenso pauperismo (el de los nativos). Son preferibles los ingenios chicos a esas enormes organizaciones a la vez agrícolas, industriales y mercantiles. Es preferible el régimen de la pequeña propiedad (que prevalece en Francia y en Canadá) al régimen latifundista predominante en Inglaterra y en Andalucía.

Siempre se ha dicho que los latifundios perdieron a Roma; y por los hechos hay que creer que pierden los países donde se asientan.

En mis anhelos de redención nacional, quisiera ver contenido o amenguado el peligro de la posesión de nuestras tierras por extraños. Si la tierra es de quien la posee, pronto nos quedaremos los dominicanos sin ella. Y estando el patriotismo tan vinculado a la tierra, me temo que cuando también esta vinculación nos falte, nada nos quede por perder.

1 Puerto Rico.

2 Santo Domingo.

3 Se dirige al señor Barceló.

Dispense Ud., estimado amigo, estas consideraciones acaso fuera de lugar; pero que a la par de servir de aplauso a una idea que yo también he difundido, sirven para contribuir a una necesaria y urgente orientación nacional.

De esa manera hablaba (y hablo) yo aquí. Y es natural que al ver defendidos tales principios por un personaje de las condiciones de Ud., sabio y experimentado, mi entusiasmo patriótico no tenga límites y agradezca a Ud. el gran servicio que nos presta a los dominicanos diciéndonos, hábil y diplomáticamente, que es como yo he entendido sus palabras: «Dominicanos, hermanos: el dolor y la experiencia, personificados en mí, os advierten que **cometéis el mayor de los suicidios vendiendo vuestras fierras al acaparador extranjero**. Os lo dice Puerto Rico por boca mía, que aparentemente está próspero y feliz pero que en realidad, la prosperidad es del extraño; la miseria es la del pueblo nativo, que sufre el resultado, irremediable, de su inexperiencia y de su error».

Muy atentamente de usted.

FEDERICO LLAVERÍAS

(La Democracia, Puerto Rico).

Señas de escritores

(Cambios. Nuevas firmas)

Fabio Fiallo. La Vega. Rep. Dominicana.
Manuel Gálvez. Pueyrredón 1753. Buenos Aires. Rep. ARGENTINA.

Miguel Rasch Isla. Bogotá. Colombia.

Tristán Maroff. 481 Av. Fernando Guachalla. La Paz. Bolivia.

José Mia. de Sucre. San Salvador de Gracia, 82. Barcelona. España.

Alberto Guillén. Av. Arica 121. Lima. Perú.

G. Alemán Bolaños. Guatemala. Rep. de Guatemala.

V. Geigel-Polanco. C. Cerra 5. Santurce. Puerto Rico.

César A. Rodríguez. Casilla 20. Arequipa. Perú.

Fernando Ortiz. Calles L y 27. Habana. Cuba.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

No nos descastemos Conservemos el espíritu propio

Turrialba. Enero 4, 1927.

Señor don Joaquín García Monge

San José

Querido señor García:

Ha sido Ud. siempre tan amable que no temo dirigirme a Ud., dueño de esa portentosa antena de REPERTORIO AMERICANO que a través del continente recoge y trasmite todas las vibraciones del pensamiento americano.

Un asunto de gigantescas proporciones internacionales, que exige vasta preparación, meditación profunda y serenidad inalterable de parte del escritor, cual es la situación de los pueblos hispano-americanos ante los Estados Unidos de Norte América, un asunto tal, será indudablemente montaña que no puede remover mi pala, pero eso no implica que deba yo, cobardemente, detener mis ímpetus de hispano-americano y sujetar mi pensamiento tan libre como el del más alto escritor continental.

Existe actualmente la creencia muy extendida ya en nuestra América, de que sólo el oro puede salvarnos del ataque del oro, de que sólo con el escudo del dólar podremos defendernos del arma del dólar. Esto es cierto, pero pienso que tomando en cuenta la idiosincracia racial, tal teoría implica el renunciamiento total a las aspiraciones de nuestros pueblos y la asimilación total de las características de los angloamericanos; es decir, por ese camino, evadimos la conquista violenta y material y nos subyugamos a otra conquista voluntaria y espiritual, por consiguiente más humillante que la que rehuimos.

Tenemos por seguro que el arma de ataque de los Estados Unidos es el oro, y queremos escudarnos contra su conquista tras trincheras de oro; esto parece lógico y es lo natural si se quiere, pero está reñido con todo principio de moral internacional y con nuestra propia conciencia; con lo primero, porque rechazaremos, según el plan de defensa a que me refiero, el oro con el oro, es decir, la fuerza con la fuerza, menoscabando todo principio de justicia, y con lo segundo, porque para obtener el fin codiciado, sea el de ser igualmente ricos que los Estados Unidos, hemos de valernos de sus mismos medios, mejor dicho, hemos de extraer de [nuestro espíritu todas las características de nuestra raza para inyectar en él todas las características de los angloamericanos. A la postre seremos los siervos en la más abyecta de las servidumbres, la del alma que no ansía el vértigo del vuelo.

Por otro lado al querer igualarnos, para defendernos, a los Estados Unidos parece que estamos disculpándonos de su voracidad, cuando debemos mantener siempre y en todas las condiciones el principio único en que debe basarse nuestra libertad: el derecho a la vida de las naciones pequeñas,

como proclamamos el derecho a la vida individual. Esta es nuestra suprema defensa, esta es nuestra arma y nuestro escudo si queremos marchar por donde van los justos.

Los pueblos como los organismos biológicos se desarrollan al influjo de leyes propias que los conducen, a través de su vida, hacia el fin especial de cada uno, distinto para cada uno. Cada pueblo tiene sus aficiones y sus tareas, como cada hombre tiene su profesión o su oficio; querer que los hispanoamericanos seamos los banqueros del mundo como lo son los Estados Unidos es ir contra esa ley natural. Es revelarse contra la propia naturaleza. Nosotros debemos ser lo que las leyes espirituales que nos rigen quieren que seamos, sin que por eso dejemos de ser tan útiles y tan dignos como los Estados Unidos. A lo que si debemos aspirar, a lo que sí es preciso que lleguemos, para nuestra propia conservación, es a ser grandes, grandes como los Estados Unidos, pero sin alzarnos contra nuestras propias leyes y contra nuestras tendencias espirituales.

Que los norteamericanos sean grandes por su riqueza; los hispano americanos podemos ser grandes en otro concepto, y esto es lo que precisa. Urge que tengamos de nuestra parte el respeto del mundo: este será el tribunal que proclame nuestro derecho a la vida y a la libertad.

No debemos pensar en vencer el bandalaje con el bandalaje sino en vencerlo por la fuerza de la justicia, la más grande de las fuerzas, pero por sobre todo debemos conservar el espíritu hispano americano intacto para que al cabo de siglos, sea más grande, pero siempre espíritu hispano americano.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

Del dolor

He de comparar la vida al cielo. De él tenemos la idea de que es azul; mas si reparamos, veremos que lo pueblan nubes blancas, nubes grises...

El azul es el dolor, base fundamental de la existencia. Acaso las nubecillas blancas sean alegrías, que a veces, las más de ellas, tienen tinte azul.

La vida es como el cielo, porque el dolor es azul...

MAX. JIMÉNEZ.

Dr. Gilberto Maldonado

Cirujano Dentista

Asepsia escrupulosa. Esmerado trabajo, práctica general. Satisfacción garantizada. Precios razonables. Equipo moderno y completo. Oficina: Avenida Central, frente a la tienda de Jaime Carranza.

Teléfono N.º 962. Apartado N.º 680

Informe

que presentó a la Sociedad Económica de Amigos del País la Comisión encargada de estudiar los Contratos celebrados entre el Gobierno de Costa Rica y Mr. M. M. Marsh y la United Fruit Co., respectivamente.

(Concluye. Véase la entrega anterior)

Contrato para la siembra de cinco mil hectáreas de bananos

El aspecto económico actual del asunto nos dice que la industria bananera está vinculada con la riqueza pública del país y por tal circunstancia nos interesa enormemente su estabilidad y desarrollo. Si ella representa el 38,0% de nuestra exportación total y da a nuestro país un movimiento económico de varias decenas de millones de colones por año, al cual contribuye hoy por hoy en proporción de un 75,0% el esfuerzo del productor particular, resulta evidente la flagrante inconsecuencia de nuestro Gobierno que al preocuparse justamente por el descenso tremendo, amenazador de la producción bananera según lo acusa la estadística que nos han presentado en el curso de estas discusiones, recomienda la aprobación del Contrato por él celebrado con la Compañía Frutera y cuyo contrato omite en absoluto cualquier consideración de las obligaciones de la Compañía hacia los productores particulares. Pretender prorrogar por 25 años esa situación de dependencia tiránica, de casi esclavitud, es aunar esfuerzo en el sentido de darle el golpe de gracia a la industria bananera genuinamente costarricense. ¿Qué virtud excepcional podemos atribuir al Contrato para suponer que por sí solo produzca el fenómeno maravilloso de inducir al productor particular a continuar por su brecha sin percibir el mejoramiento a que legítimamente aspira? Han sido víctimas de los caprichos de la United Fruit Company y no querrán serlo más. En cuanto a los terratenientes de la zona que habilitará el ferrocarril entre Guácimo y Río Sarapiquí, pocos serán los que se aventuren a ser tributarios de la Compañía Frutera como lo han sido los productores de otras zonas. Allí habrá sin duda grandes operaciones de índole especulativa con las tierras que se pretende habilitar. Lo único seguro está en lo que se compromete la Compañía: a la siembra de 5000 hectáreas cuyo rendimiento medio será, según las afirmaciones oficiales, de 2.000.000 de racimos al año y la influencia de esa mayor producción se reflejará en el aspecto fiscal del problema pero no en el económico general del modo que se espera. Percibiremos el ínfimo impuesto de dos centavos y el valor de la actividad industrial en cuanto al cultivo, pero nada de su producto final. Bajo el mismo régimen hasta hoy observado no será posible controlar el descenso progresivo de la producción particular; aumentará la de la Compañía en su beneficio exclusivo y nuestro problema fundamental de producción quedará sin solución, y sin trascendencia el gran argumento del Gobierno al recomendar la aprobación del Contrato.

Habrán expansión industrial agrícola y aumento de la riqueza nacional y la nueva vía férrea será arteria propulsora del progreso, si la Compañía al contratar, garantiza procedimientos de trato en armonía con los industriales particulares. De lo contrario, será el proporcionar más concesiones, más poder, más monopolio a la United Fruit Company. En el primer caso estaría bien considerar como secundario el aspecto directamente fiscal en comparación del aspecto económico. No así en el segundo, pues resultaría injustificable darlo todo y no

percibir siquiera el impuesto a que con toda equidad tendría derecho el país. Bajo este punto de vista sería justo que el impuesto se graduara de tal modo que, al descender de un porcentaje determinado la producción particular, aumentara en relación a tal descenso y se disminuyera en el caso opuesto.

El problema del bananero nacional

Considerando que los intereses de estos productores representan realmente un valor económico para el país y dada la condición poco deseable en que la Compañía contrata con ellos la compra de su fruta, y, por otro lado, considerando también que son justas las conclusiones a que ha llegado la Liga de Bananeros en la defensa de sus intereses, nos permitimos acoger dichas conclusiones para sintetizar las nuestras al tratar de este aspecto del negocio que se estudia:

1º.—Los agricultores bananeros de Costa Rica se sienten deprimidos en el ejercicio de su industria por falta de equidad en los precios que se les pagan y por las arbitrariedades y vejámenes que padecen en la entrega de su fruta.

2º.—Esos agricultores aspiran a recibir mejor trato y mejores precios, mediante un avenimiento amigable con la Compañía o mediante la acción de los Poderes Públicos que están obligados a prestarles amparo.

La producción de la industria bananera y los cálculos de producción a partir de 1926

Se dice que la exportación de bananos disminuye y que tal hecho pone en muy débil pie el andamiaje económico de la nación. Es necesario estimular la industria bananera para que no se reduzcan los derrames de oro que ella trae consigo. Todo este argumento es de fuerza y valdría la pena poder ahondarlo en sus propias raíces, hasta llegar a constatar cuál es la tendencia de la Compañía ante estas importantes cuestiones:

1º.—La del agotamiento de las tierras que dedica a bananos.

2º.—La de la enfermedad del banano.

3º.—La del impuesto sobre la exportación del banano a partir de 1930, fecha en que cesa el estado de cosas actual referente al centavo de derechos aduaneros que paga por cada racimo que exporta.

Se ha presentado al público unos cuadros que dan la tendencia a disminuir la producción en forma violenta a partir de 1926, y en otro aspecto, la tendencia a nacionalizarse la industria bananera, es decir, al incremento de producción por todos aquellos cultivadores que no son la Compañía.

Es verdaderamente anormal lo que sucede. Analicemos en los últimos cinco años, por trimestres, cuál fué la exportación:

1921	
I	2.019.803
II	2.364.925
III	1.131.737
IV	1.802.116
Total	8.318.581

1922	
I	1.725.956
II	2.323.019
III	1.659.139
IV	1.463.505
Total	7.171.619

1923	
I	1.398.642
II	2.064.077
III	2.236.092
VI	1.754.403
Total	7.454.114

1924	
I	1.619.073
II	2.367.482
III	2.167.392
IV	1.933.254
Total	8.087.201

1925	
I	1.751.464
II	2.432.442
III	2.374.175
IV	1.790.891
Total	8.348.972

Se notará que los trimestres, primero y último, son los de exportación más débil debido a las condiciones del mercado de consumo, no a las de producción. Estas son las épocas en que la Compañía selecciona más las frutas para resistir la competencia de las que se ofrecen al consumo en los Estados Unidos y en Inglaterra, propias de aquellos climas.

Es este el momento en que los bananeros nacionales sufren el rechazo de mayor cantidad de banano. Tal aparece el fenómeno de esos datos estadísticos también y que copiamos para los años 1921, 1922, 1923, 1924 y 1925. Si ahora tomamos los tres trimestres corridos del año 1926, el cuadro es el siguiente:

Racimos:

I trimestre	2.050.476
II »	2.496.234
III »	2.192.694

Suman los 3 trimestres ... 6.739.404

y los comentarios se prestan para contraponerlos a los que acompaña el cálculo de la disminución, que se ofrece con el afán de justificar el pánico económico que se avecina. Obsérvese que a pesar de estar incluido este año (1926) entre los que sufrirán los efectos de esa disminución, el primer trimestre es superior al de cualquiera de los años precedentes hasta 1921; que la exportación del segundo trimestre supera también a los respectivos en años previos; y que el tercer trimestre, es superior al de 1924, al de 1922 y al de 1921; lo cual no significa nada, dadas las propias variaciones a que está expuesta la producción bananera como cualquier otra. ¿Qué sería lo que los que hicieron esos cálculos del descenso en la producción esperarían, de la base de sus números, para el cuarto trimestre del corriente año? Es fácil saberlo comparando los números reales que poseemos, con los teóricos de esos cálculos hechos por la U. F. C.º

Cálculo de exportación total en 1926 (U. F. C.º)	7.384.900
Exportación efectiva en los tres primeros trimestres de 1926	6.739.404
Diferencia que deberá exportarse en el 4º trimestre	644.496

¿Guardará proporción esta cifra con la forma en que ha variado la exportación en los

años anteriores y muy especialmente con la tendencia que lleva la de los tres primeros trimestres de 1926? Es sospechoso el resultado de esta comparación, pero no hay que sufrir un síncope porque estamos tratando este punto con ánimo de negociantes en este momento.

Para otras comparaciones útiles véase el cuadro de la producción bananera total desde 1913 (fecha de la mayor cosecha), a 1925, exportada por Limón y por Sixaola:

Años	Total racimos	Por Puerto Limón	Por Sixaola
1913	11.170.812	9.319.079	1.851.733
1914	10.162.912	7.834.961	2.327.951
1915	9.521.648	7.255.195	2.266.453
1916	10.058.738	7.356.085	2.702.653
1917	8.689.516	5.643.645	3.045.871
1918	7.129.655	4.187.491	2.942.164
1919	7.270.624	3.958.172	3.312.452
1920	8.652.473	5.611.142	3.041.331
1921	8.318.581	5.591.813	2.726.768
1922	7.171.619	4.899.211	2.272.408
1923	7.454.114	5.400.789	2.053.325
1924	8.087.201	6.130.880	1.956.321
1925	8.348.972	6.787.273	1.561.699

Se notará que ha bajado de 9.319.070 en 1913 a 3.958.172 en 1919 en las zonas que hacen su exportación por Limón; y que hay un progresivo aumento—apenas interrumpido en 1922—desde que se produjo la mínima antes mencionada hasta 1925, en las cosechas de la misma zona.

En cuanto a Talamanca si hay disminución notable, pues la máxima producción la alcanzó en 1919 (3.312.452) descendiendo paulatinamente hasta 1.561.699 en 1925. A pesar de este marcado descenso en la región talamanquina, el total de la exportación advierte crecimiento gradual de 1922 (7.171.619) a 1925 (8.348.972). Examínese todo el cuadro y véase cómo antes de la aparición de la enfermedad y del cansancio de las tierras también había períodos de depresión, que aún cuando causaron trastornos fiscales y económicos, no fueron para pensar en los puntales que hoy se quiere poner a la United Fruit Company. En todo caso, ¿qué fué de Talamanca?—flor de un día en los valores de la Nación porque ha quedado agotada en trece años y no sabemos si abandonada como un socavón viejo de mina, para que los costarricenses recojan sus despojos cuando llegue la necesidad efectiva de su expansión colonizadora por el aumento en el número de sus habitantes. ¡Pero, oh realidad cruel! Que ni esos despojos podemos recoger porque ese inmenso valle es tan solo una gran finca de la U. F. C°.

Es una coincidencia que llama poderosamente la atención el hecho de que a medida que se aproxima la hora en que el Estado se verá libre de ciertos aspectos para imponer condiciones ventajosas para el país a esta industria, es cuando aparece nacionalizada (?), pero en estado agónico; y entonces la necesidad de nuevas tierras surge con su aliado el ferrocarril a Sarapiquí.

¿Tratará la Compañía de impresionarnos de un modo desfavorable con respecto al porvenir de esta industria, con el fin preconcebido de obtener garantías y seguridades por medio de una contratación, que le permita en el futuro desarrollar con toda amplitud su negocio sin miramientos para el productor genuinamente nacional?

Exportación de bananos República de Costa Rica

Años	Total racimos	Por Puerto Limón	Por Sixaola
1883	110.801		
84	420.000		
85	401.183		
86	595.970		
87	889.517		
88	854.588		
89	990.898		
90	1.034.765		
91	1.133.717		
92	1.178.812		
93	1.278.647		
94	1.374.986		
95	1.585.817		
96	1.692.102		
97	1.965.631		
98	2.331.036		
99	2.962.771		
1900	3.420.166		
1	3.870.156		
2	4.174.199		
3	5.139.063		
4	6.065.400		
5	7.283.000		
6	8.872.729		
7	10.166.551		
8	10.074.599		
9	9.365.690		
10	9.097.285		
11	9.309.586		
12	10.647.702		
13	11.170.812	9.319.079	1.851.733
14	10.162.912	7.834.961	2.327.951
15	9.521.648	7.255.195	2.266.453
16	10.058.738	7.356.085	2.702.653
17	8.689.516	5.643.645	3.045.871
18	7.129.655	4.187.491	2.942.164
19	7.270.624	3.958.172	3.312.452
20	8.652.473	5.611.142	3.041.331
21	8.318.581	5.591.813	2.726.768
22	7.171.619	4.899.211	2.272.408
23	7.454.114	5.400.789	2.053.325
24	8.087.201	6.130.880	1.956.321
25	8.348.972	6.787.273	1.561.699

Sería interesante conocer cuáles son los datos en que se ha basado el cálculo de la producción disminuida para los años comprendidos entre 1926 y 1935. Haciendo para 1926 otra cuenta perfectamente basada en las probabilidades de la cosecha que se exporta en el último trimestre y dado que no fuera mayor, como sucede las más de las veces, que la del primer trimestre, éste sería el resultado:

1926 Exportación de los 3 primeros trimestres.....	6.739.404
Probable exportación en el 4° trimestre.....	2.050.476
Suma	8.789.880

lo que significaría una cosecha en 1926 superior a cualquiera de las habidas en los últimos nueve años. Y si comparamos esta cifra con la que resulta de los cálculos hechos sobre la cosecha de este mismo año por la United Fruit Company, tendremos esta diferencia poco más o menos:

Efectiva exportación y cálculo para el 4° trimestre.....	8.789.880
Cálculo de la United Fruit Co. cosecha 1926.....	7.384.900
Diferencia	1.404.980

Este gran error que anotamos entre la realidad de los hechos y las probabilidades contempladas en una depresión súbita de la industria bananera nos hace pensar que quizá se haya extremado mucho el pesimismo con que se mira el porvenir de dicha

industria. Si sobre esta misma base están hechos los cálculos que corresponden a los años venideros, no es posible poner mucha fe en las conclusiones a que por ellos se llegue.

Este error monta en números redondos a 16,0% en 1926.

¿No sería cuerdo que en vista de lo contradictorio de los datos que analizamos el Supremo Gobierno ordenara un estudio completo de la industria bananera en todos sus aspectos a fin de que se tuviera toda clase de informes que se buscasen también con ánimos de beneficio para el país?

Hasta ahora la principal fuente de información que se tiene en este debate es la de la United Fruit Company, que indudablemente es valiosa, pero que corre el peligro de que lleve muy grabado el sello de los intereses de la Empresa. Este sería el camino propio para llegar a formar opinión que estuviera libre de prejuicios porque éstos son el estorbo mayor que puede presentarse al resolver cuestiones de esta índole.

Un primer paso y una primera consideración que hacerse es la de que estas Compañías como la United Fruit Co. con carácter de trusts no son el Gobierno de los Estados Unidos de Norte América y que en materia de negocios no tenemos por qué tratarlas como a embajadas norteamericanas. No permitamos—miopes de ambición por el oro y en este delirio de las comodidades del presente, y olvidándonos totalmente de los que nos sucedan—que nuestro poder se limite en la misma proporción en que concedamos que la United Fruit Company extienda, sin control alguno, la fuerza económico-política que avanza sobre la región atlántica como un inmenso tanque de guerra.

Conclusiones

Para finalizar y concretar en forma la aspiración de la Sociedad Económica de Amigos del País, sentamos las siguientes conclusiones:

1°.—El deber de luchar por la posesión de las tierras en manos de costarricenses o de extranjeros vinculados a nuestro suelo, como una forma de defensa efectiva y permanente de las tempestades económicas y fiscales de la Nación y como una forma de bienestar social para la familia.

2°.—El deber de no dar, por concesiones y monopolios de tierra y medios de transporte a empresas extranjeras, dominio económico-político, como una forma de mantener nuestra soberanía efectiva en todo el territorio costarricense.

3°.—En el caso concreto de la United Fruit Company:

(a). Buscar y empeñarse en obtener la mejor solución a los problemas pendientes y, caso de llegar al punto extremo de una nueva contratación, poner a salvo completamente los principios económico-sociales y políticos que sustentan las dos conclusiones primeras, mirando con todo el interés que merece, desde el punto de vista netamente económico, al productor nacional.

(b). Si lo contenido en el punto (a) no es posible, llegar entonces al sacrificio de prescindir de los bienes reflejos que la inversión de su capital significa, y cerrar toda posibilidad de extender a nuevas zonas vírgenes del país la influencia demasiado absorbente y nada deseable que ejerce en los territorios en que actualmente mantiene todas sus actividades de trabajo.

4°.—El país debe confiar en la posibilidad de concurrencia de capitales extranjeros que han de competir con las actividades de la Compañía Frutera, y por consiguiente el Estado no debe cerrar el paso a esa concurrencia, no ilusoria, adelantándose a con-

solidar a la United Fruit Company, hasta 1950, el estado de privilegio del monopolio de que goza.

5º.—La UNITED FRUIT COMPANY o cualesquiera otras empresas de su poderío deben pagar un tributo nacional mínimo, equivalente en proporción al que pagan las empresas nacionales.

6º.—Una forma de proveer al lleno de la aspiración que encierra la primera de estas conclusiones está en la de dar una ley que limitara la posesión de tierras, a que estas Compañías u organizaciones comerciales extranjeras propenden sin medida, y con la cual se salvaría a Costa Rica de ser en lo futuro una nación sin suelo.

7º.—El Supremo Gobierno haría un esfuerzo digno del país si se empeñara en que las nuevas obras de aliento que necesitamos para dar verdadero impulso a la producción netamente criolla, (ya de bananos, hule, café, ganadería, etc.), fueran ejecutadas bajo un plan que asegurara la verdadera posesión de ellas, es decir, su nacionalización.

JOSÉ GUERRERO

OCTAVIO JIMÉNEZ EDUARDO CARRILLO
JULIO PADILLA MANUEL SÁENZ CORDERO

Aprobado en quinta Asamblea General verificada el veinte de noviembre de mil novecientos veintiseis, remítase al Congreso Constitucional junto con los agregados acordados en la misma.

J. GARCÍA MONGE M. A. ZUMBADO R.
 Presidente Secretario General

San José, Costa Rica, Nov. 20 de 1926.

La estimación extranjera

Tucumán, R. A. Octubre 20 1926.

Sr. García Monge
Director del REPERTORIO AMERICANO
San José de Costa Rica

Distinguido señor:

Acompaño un estado de la existencia de números atrasados de el REPERTORIO que existen en esta biblioteca.

Muy sensible es para nosotros el triste balance de una publicación única en su género, atenúa el pesar la esperanza de que se pueda completar con ellos algunas fallas.

Dejo a su criterio determinar cuales números desea sean remitidos a Ud. y cuales—a ser posible—su benevolencia resuelve completárnoslos.

Con este motivo aprovecho la oportunidad para saludarle con mi más distinguida consideración.

E. MORALES
Bibliotecario.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental
Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales.
Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.



Portada de SOLANO en el nuevo libro de MOISÉS VINCENZI: *América Libertada*. San José, Costa Rica. 1927. Imp. Trejos Hnos.

Contenido:

Moisés Vincenzi.—En el siglo xxxx.—Apuntes para una generación del porvenir.—Ensayo sobre la originalidad.—Método para ser original.—Mensaje a los jóvenes yanquis.

Precio: ₡ 4 (\$ 1 oro am.)

UN grupo de intelectuales prepara el homenaje nacional al poeta Díaz Mirón, el Víctor Hugo americano. El gran poeta de la altivaz y de la soledad, que supo vivir plenamente su vida y su carácter, con el hosco entrecejo de los fuertes y la despectividad de los hurraños, vive hace tiempo en el retiro, a orillas del mar, consagrado a esa contemplación melancólica de que tanto gustan los leones viejos. Veracruz tiene, desde entonces, dos mares y dos faros.

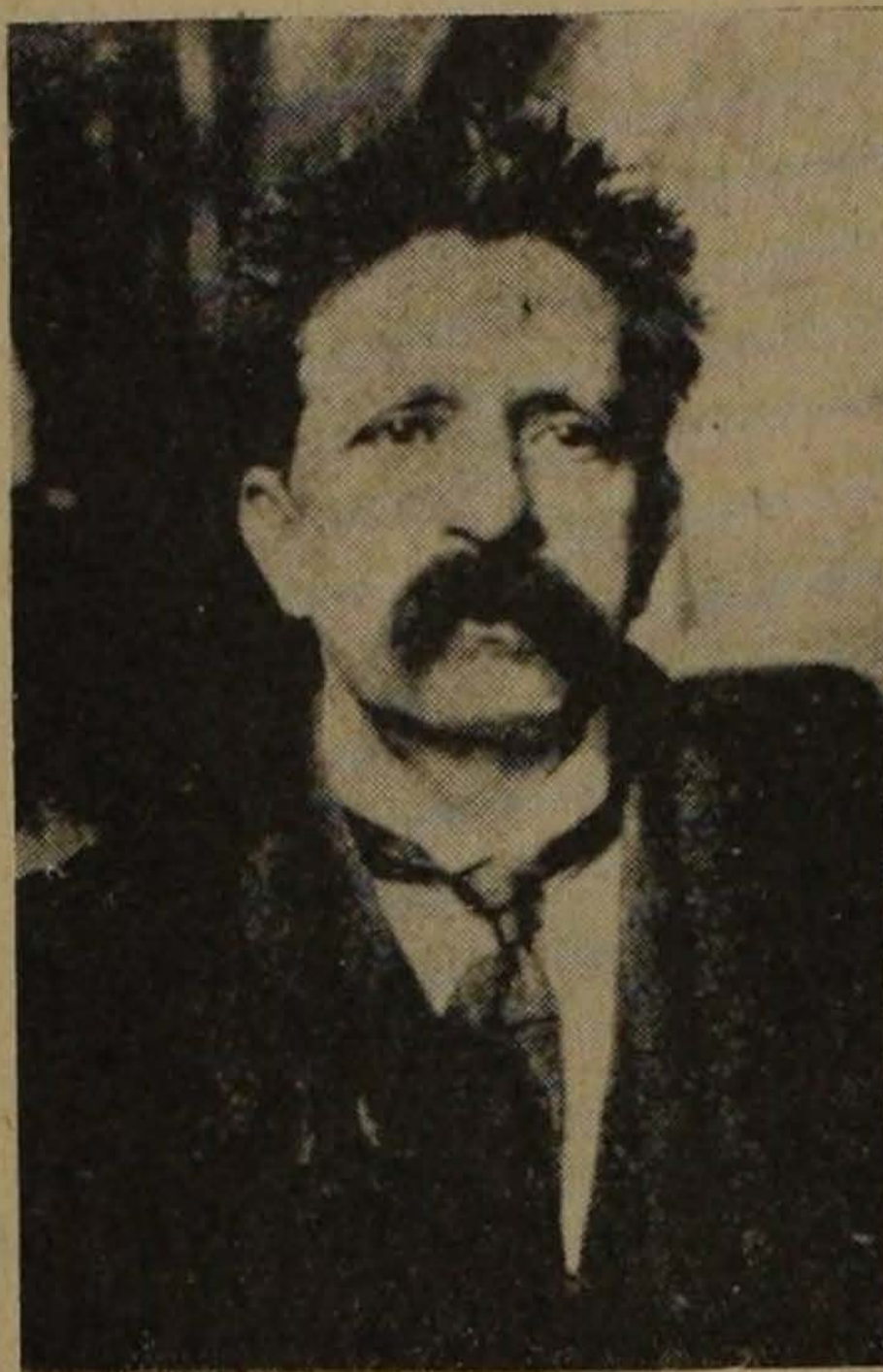
Los viajeros que llegan al puerto se detienen pocas horas y hacia el atardecer, cuando el tiempo refresca y la brisa sopla, dan su paseo por los malecones, entre el ruido ensordecedor del oleaje y la calma azul del crepúsculo; pocos, poquísimos viajeros van a ver al poeta, por fortuna para él.

Hace cerca de tres años, durante un viaje a Mérida, aproveché la ocasión y fui a visitarlo. Vivía—y vive aún—en un primer piso de la calle de... Me recibió fríamente, desde lo alto de la escalera, y envolviéndome en una mirada inquisitiva, me dijo con sequedad: «Pase usted»... Luego, recogiendo con la siniestra mano su derecha, enferma y aletargada, me ofreció una mecedora de mimbre, ocupó él otra y esperó mis razones, sin dulcificar el rostro. Se balanceaba ligeramente, como navío anclado, y al través de sus anteojos, algo opacos, la mirada brillaba sombríamente. Yo admiraba su «fronda» humana, el roble añoso de sus espaldas terribles de Sísifo, por donde los soplos potentes engendran la voluntad y la tranquila soberanía... No me extrañaba que en este hombre hercúleo anidasen, como en un encinar, los más bellos pájaros de la fauna espiritual. Tiene, como Ulises, la cualidad de ser majestuoso cuando se sienta, al revés de los hombres de espada, que ganan cuando están de pie.

Evité las excusas, por supuesto, y me acoracé de fría dignidad, como conviene a hombres que usan del gesto y de la palabra con precisión y reserva. La salita, medio desvanecida en el atardecer, nada tenía de notable, sino su extremada limpieza, y un biombo raro que yo elogí largamente con la vista.

Cinco minutos después yo había comprendido en plenitud a este hombre, que se rodea en su grandeza con el áspero desafío de sus hondonadas y de sus precipicios; a medida que se penetra en él se sienten las sinuosidades ciclópeas, los sillares graníticos y los barbechos inextricables de las montañas ignoradas; pero es justo confesar que no hallé fieras en él, ni suelos falsos, ni aguas putrefactas. Tan luego como comenzáis la ascensión, el alpinismo intelectual, él mismo os ofrece las cuerdas de sus nervios y las gradientes de su palabra para que penetréis en su corazón: un corazón de fuego que todo lo abraza, y en donde hay, sin embargo, vertederos de miel y praderas de flores. El aire frío de sus cimas poéticas—ahora cargadas de nieve y de silencio—revierte hacia su vida sentimental con gracia de cascada; el granizo de sus

Salvador Díaz Mirón



ventisqueros llueve finamente sobre su corazón, y de este combinado acuerdo de fiebres y de contemplaciones brota la primavera perpetua.

Con todo inconforme, Díaz Mirón busca los espacios inhabitables, el éter oscuro en que reluce la estrella y piensa la noche. Yo procuré seguirle, jadeando como un perrillo, a lo largo de sus correrías estelares. Su percepción matemática, muy aguda, me reveló una vez más al poeta, al hombre que gusta de los números, no por sumar y restar, más por ejercer, como en una venganza solitaria, la piedad del ritmo y la caridad de la forma. Después descendimos a las cosas humanas: a las miseria, la traición y el dolor. De cuando en cuando, el poeta mecía su mano enferma con quejidos que tenían algo de arrullo y de rugido; la mano castigadora y violenta, parecía, metida entre el puño engomado de la camisa, un codillo de águila «que despluma sus alas contra las tempestades.»

Me contó sordamente sus dolores, sus victoriosas equivocaciones, en frases tronantes que parecían cláusulas espondáicas y marejadas nocturnas; jamás descendió al lamento, sino para recordar sus amores. ¡Y pensar que este hombre ha tronado así cuarenta o más años de su vida!...

Adentro, en el cuarto contiguo, se oían dulces voces de mujer, ahogadas y ligeras. El vate dijo algo en alta voz, que no quise oír, y una sombra delgada y fina cruzó por el corredor. Fué todo. Me acompañó a la escalera, completamente transformado, paternal y dulcísimo. «¡Árbol de corteza dura—me dije yo,— que tienes corazón de hostia, médula de miel!» Me rogó afectuosamente que no llevase al público nuestra conversación. Sus palabras han servido para condecorar a más de un imbécil; muchos se

hacen grandes con las palabras de los grandes y su codicia empuerca la augusta altitud del pensamiento.

Y cumplí su promesa, pues he callado tres años.

* * *

Los versos de Díaz Mirón, no sólo exponen al hombre, lo continúan. No es el inspirado veleidoso, que olvida luego de cantar. Por el contrario, sus cantos ligan al pasado; en su prodigiosa memoria todo está presente y ninguno de sus amores ha muerto. Su sensualidad primitiva, realmente marítima, se ha afinado con el tiempo. La crítica ha dicho que sus *Lascas* son obras de acabado perfecto, pero que revelan un enfriamiento paulatino. Este enfriamiento, a nuestro ver, es más bien una tamización; no es ya el cenit, es la hora quieta y sagrada en que el recuerdo echa, sobre los carbones del ardor, una espiral de humo suave. En su juventud, explosiva y radiante como un Etna, los versos salen «locos de eternidad» y ciegos de quimeras; sus pasiones huelen a bromo, y el bromo es el sudor de las playas. Esto le hace menos asequible a la multitud, pero más caro a la sabiduría.

El arte verdadero, el arte trascendental es individualista. Esto explica por qué, en nuestra época de colectivismo irascible, van desapareciendo estos ejemplares magnánimos del hombre cuya inspiración descansa muchas veces en su rebelión contra el medio. Díaz Mirón ha vivido siempre esta rebeldía, por temperamento y por reflexión, por osadía y por exceso de vitalidad. Los poetas verdaderos, ¿no han procedido así siempre? ¿Qué tienen que ver los poetas con las leyes, las costumbres y las imposiciones del Estado? La moral ambiente no logra envolverlos, puesto que no es la túnica sino el pañal. Por eso la combaten, desde Esquilo, que escribió el Prometeo, hasta Almafuerte, que escribió *El Misionero*—la piedad contra el hombre.

Estos hombres se van, o mejor dicho, nosotros nos alejamos de ellos. Por eso sus obras nos parecen frías, inalcanzables o inútiles: no son obras «bonitas», son cosas «grandes» y lo grande no cabe ya en nuestro impresionismo degenerado.

El homenaje que se prepara a Díaz Mirón tiene los caracteres de una reacción hacia lo grande. Ese grupo de intelectuales cree sentir el vacío inmenso que el poeta deja en las letras mexicanas. Sólo por esto, Díaz Mirón debiera de aceptar el aplauso del pueblo, la admiración de la Patria.

Por lo demás, estoy seguro, el poeta no se preocupa. Genio bravío e irreductible, tiene por compañera la soledad y bosques de laureles por jardines. Ningún ruego, ninguna imprecación sería capaz de moverle de su retiro, y a quien le increpase por él, contestaría tal vez con estos versos de Hugo:

*Fils, j'ai coutume,
en voyant la grandeur, d'oublier l'amertume,
et c'est pourquoi je suis le voisin de la mer...*

RAFAEL CARDONA

(De *Revistas de Revistas*, México, D. F.)

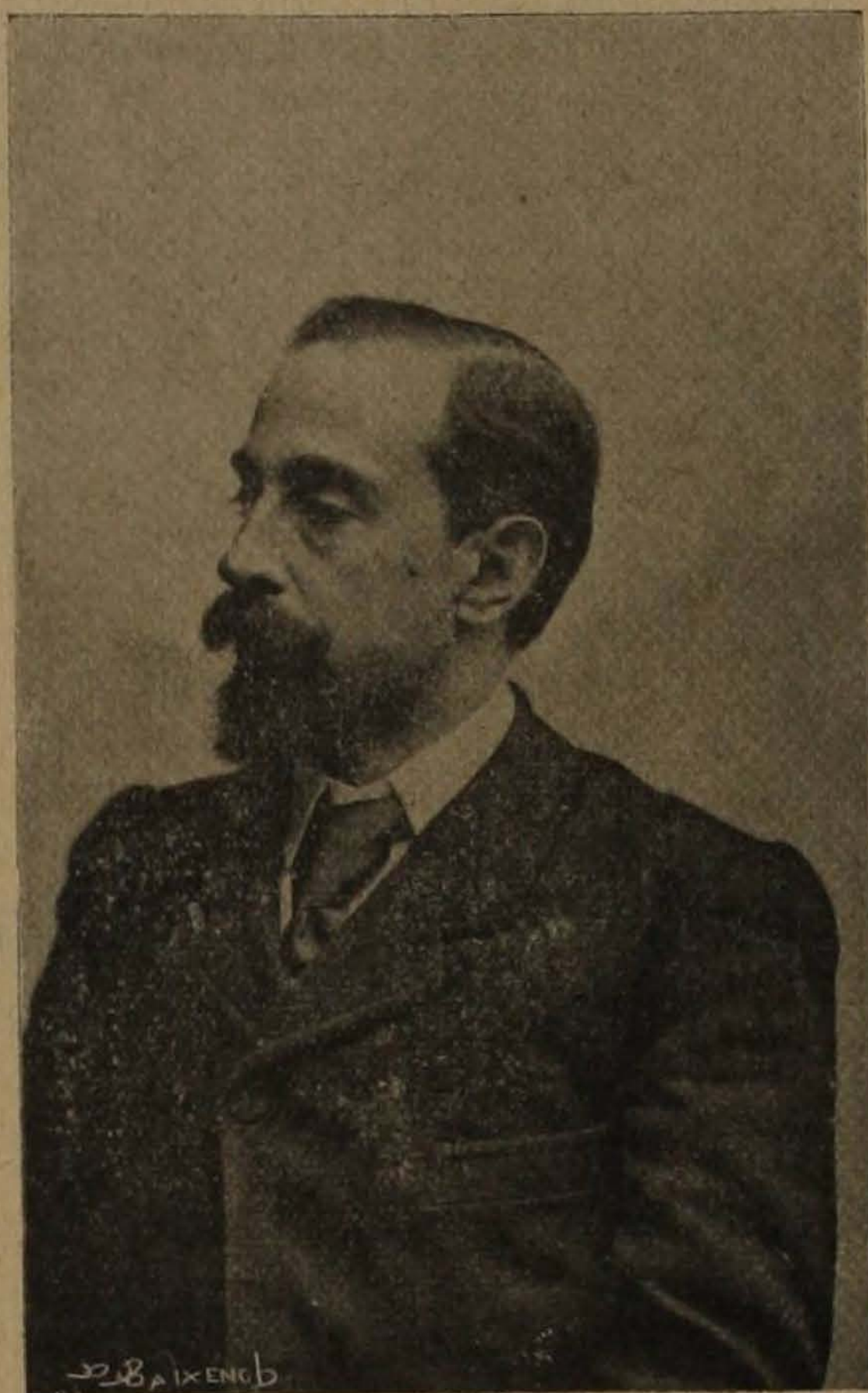
Elogio de los *Elogios* de Maragall

No habéis experimentado alguna vez, y si sois lectores asiduos, no experimentáis con frecuencia la sed de un libro luminoso, pacificador, saludable, donde vuestro espíritu pueda beber como en los manantiales? Paseáis los ojos por los anaqueles colmados de licores exquisitos, complicados, deliciosamente venenosos. Y con sólo verlos sentís el vaho mareante, la pèrfida seducción, la magia de los alcaloides retóricos. Pero vosotros deseáis un sorbo de agua fresca y cristalina. ¿Dónde hallarlo?

Cuando yo siento la repugnancia de la literatura, la intoxicación de sus brebajes perversos, vuelvo a mi media docena de libros regeneradores. Abro mi Homero, mi Marco Aurelio; abro el *Quijote* y sigo, a la ventura, donde lo encuentre, adonde vaya, al buen caballero. Hoy he abierto mi ventana al Pirineo; he vuelto a los *Elogios*, de Juan Maragall.

¡Qué paz! ¡Qué aire! Desde esta altura ¡cuán pequeño y oscuro parece todo aquello que dejamos en las hondonadas, en el apeñuscamiento de las poblaciones, en la promiscuidad del rebaño! Y sin embargo, no es el aislamiento. El espacio está lleno de músicas que suben del valle, que bajan del cielo, que se entrecruzan y combinan en el éter. Voces múltiples que cantan en nuestro corazón, congregadas por una fraternidad generosa, nunca más generosa que en este apartamiento donde confluyen los ecos del mundo, ayer imperceptibles, mientras charlábamos con nuestro vecino, allá abajo... Porque estos *Elogios* tienen fervor de himno, y pasa por ellos un soplo de selva, y recogen la sinfonía del universo como la caracola el rumor ecuóreo. Por eso hay que leerlos en voz alta, para que nuestra propia voz devuelva su vibración vital y recibir, con ella, la majestad de la palabra.

La palabra... ¡Oh qué templo tiene aquí la palabra! Y después de penetrar y orar en él, ¡con qué vergüenza de haberla profanado tanto, sin saberlo, nos alejamos de sus altares! «La palabra es la maravilla mayor del mundo porque en ella se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza», nos advierte el sacerdote. Y exclama luego, apenado del inconsciente derroche que hacemos de cosa tan sagrada: «¡Con qué santo temor deberíamos hablar, pues! Hablando en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos hablar como encantados, como des-



Juan Maragall

lumbrados. Porque nó hay nombre, por íntima cosa que nos represente, que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo...»

Este es el tono del libro. Maragall, que tuvo alma seráfica y gesto de guía y que dió a toda su obra calor de apostolado, habla, no escribe, o mejor dicho, canta, en estos elogios del amor, de la palabra, de la poesía, del pueblo, del teatro, de la danza, del vivir, de la gracia, de una tarde inolvidable, con unción religiosa, casi con reminiscencia paradisiaca. El henchido período alcanza plenitud de ola oceánica, en ansia de crecer y derramarse con cierto ímpetu oratorio que lo conduce livianamente en vuelo; un vasto ritmo que nace de la fe, del sacerdocio activo del poeta, alienta y lo agilita todo, manteniendo como en suspenso la oración y nuestro espíritu; los pensamientos y las imágenes se anulan en armoniosas ondas de lago, alrededor de una palabra capital que acaba de ser dicha; y mientras vamos leyendo, parece que rozara las páginas la sombra del brazo del predicador.

¿Sabéis cuáles son las palabras que dominan en cada página? Amor, belleza, vida, poesía, Dios. Y maravilla. Porque el iluminado ve prodigio en todo. Mas no creáis que se trata de

un místico que alza los ojos al cielo buscando en él la suprema hermosura. ¡Oh, no! La tierra es divina para el poeta y divino el hombre. Con sus limitados sentidos corporales se embriaga de la belleza de las cosas, y como lo dijera en versos magníficos, y en su lengua vernácula, no espera de Dios más encantos en su paraíso:

S'il món ja es tant formós Senyor s'is mira am la pau vostra a dintre de l'ull nostre, qué mes ens poden dan en una altra vida?

Este apóstol de la belleza, del bien, de la justicia, del amor, tan inflamado de religiosidad, no habla de otro mundo, no evangeliza para otra existencia. Su corazón, como sus pies, está en la tierra. Lleva los ojos maravillados, pero de las maravillas cotidianas. Aspira a un estado de pureza, pero por el triunfo de la luz sobre la sombra en el hombre mismo. Ni busca ni ama a Dios fuera de los propios límites humanos. Oídle:

Al Dios que es tú mismo, que vive en tí, a este digo que ames. Con sólo amar, ya le amas a El; y no puedes amar que no le ames a El. Ama a Dios, quiere, pues, decir ama la causa de tu amar, ama el amor, y vivirás. Porque la vida es esto, un círculo vicioso del amor: ésta es aquella vida que vence a la muerte y pasa y va más allá. Y después, esto es, al mismo tiempo, en un mismo acto, ama a tu carne y a tu sangre, a tu mujer, a tus hijos, a tus hermanos, al hermano que ves en todo hombre que vivo se acerca a ti. No se trata aquí de filantropía, ni de humanitarismo, ni de esas zarandajas automáticas, títeres del amor de los que andáis tirando cordeles para disimular o creyendo suplir la falta del amor. Se trata de amor; y sólo a lo vivo se puede amar en vivo, y sólo amar en vivo es amar. Decís que amáis a todos los hombres cuando tal vez no sabéis amar a uno; con sólo cada uno amar bien a uno, todos quedarían bien amados, y el amor mejor servido.

El amor del hombre: he ahí su culto. «El hombre es la tierra en su mayor sentido de la revelación de Dios a través de ella. Y esta es la gran dignidad y la gran tragedia humana: sentirse tierra y Dios al mismo tiempo, ser la cúspide anhelante». Somos la eternidad en lo efímero, el mundo en el átomo, la divinidad en una de sus infinitas formas. ¿A qué buscar fuera lo que está en nosotros? Hijos de la tierra, tierra es nuestra carne, pero también espacio y luz. «Contemplo y me contemplo—dice el maestro—;

siento a Dios que se mueve en mi alma... Heme aquí esta tarde, solo, a orillas del mar. Soy la naturaleza sintiéndose a sí misma». Por eso la poesía era para Maragall «el ritmo de la creación vibrando a través de la palabra humana» y el arte «la belleza trashumanada devuelta a Dios de más cerca por la humana expresión del ritmo revelador que está en la forma natural», siendo esta forma natural «la realización del esfuerzo, ritmo de la vida», y la forma artística, el ritmo de la expresión humana despertado por aquél, del cual procede.

Ritmo, vida... ¡Cómo ama cuanto se mueve, y palpita, y hierve, este contemplador extático! Leed, por ejemplo, lo que dice de la danza: «En la danza está toda la representación de la vida generando todo el arte en peso. ¿No veis en ella el esfuerzo con amor que es principio de la vida, y la acción rítmica con que ésta se manifiesta?» Pero mejor será consultarle sobre la vida, y nos dirá con su verbo exaltado:

Vivir es aquel impulso de ser, que en lo que ya es se resuelve en esfuerzo por ser más. Allí donde cesa aquel impulso o acaba este esfuerzo, allí cesa la vida y acaba el ser vivo, aunque continúe la apariencia por automatismo... Vivir es desear más, siempre más: desear, no por apetito, sino por ilusión. La ilusión, esta es la señal de la vida; amar, esto es la vida. Amar hasta el punto de poder darse por lo amado. Puede olvidarse a sí mismo, esto es ser uno mismo; poder morir por algo, esto es vivir. El que sólo piensa en sí, no es nadie, está vacío; el que no es capaz de sentir el gusto de morir, es que ya está muerto. Sólo el que puede sentirlo, el que puede olvidarse a sí mismo, el que ama, en una palabra, está vivo. Y entonces no tiene sino echar a andar. Ama, y haz lo que quieras...

Ya lo veis: el amor, *l'Amor che muove il sole e l'altre stelle*. Y el amor, que alcanza tan alto significado en la obra poética de Maragall y que fué la esencia de su copiosa labor periodística, ilumina con resplandor celeste todas las páginas de los *Elogios*¹. Esta misma palabra «elogios», ¿no indica por sí sola una voluntad de amor? En labios de Maragall tenía un perfume seráfico. *Laudate sii, mio signore, con tutte le tue creature...* Era el mismo candor franciscano que lo arrebató en una transfusión panteísta, el mismo fervor que le transfiguraba el hecho natural en maravilla, la misma pureza de alma y el mismo sacerdocio de fraternidad que en la conquista del amor individual le ha-

cian soñar con la armonía humana. Pero en aquel hombre que contemplaba el mundo con ojos deslumbrados de niño, como si fuera el primero en descubrirlo y tuviese que aleccionarnos para que, a nuestra vez, lo descubriésemos; en aquel gran poeta que amaba la naturaleza como un primitivo, sintiéndose en ella, sintiéndola en él, indistinto del paisaje que lo rodeaba, el amor no era una abstracción. «No opongáis demasiado, en el hombre, el espíritu a la carne», leemos en uno de estos elogios. Y hablando directamente del amor, que «es deseo de confusión por instinto de la eterna unidad de las cosas», y por el cual la diversidad universal tiende a restablecerse en la unidad

divina, de la cual procede; hablando del amor, advertía que «el amor más proporcionado al hombre en la tierra es el de hombre a mujer que perpetúa la especie humana, y por esto es tenido por el amor tipo».

Quisiera yo glosar todo ese libro... No, mucho más. Cada vez que abandono sus páginas, clarificado, purificado, sintiéndome mejor y confiando más en la obra de la belleza y del amor entre los hombres, quisiera ponerlo en manos del pueblo, leerlo en las plazas, llevar su luz a todos los espíritus...

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

(Del precioso libro *Ariel Corpóreo*.
Letras extranjeras, Editorial «Buenos Aires» 1926).

Don Salvador Díaz Mirón

=De *El Imparcial*. Guatemala=

PRESENTÉ ayer al bardo insigne, en su mentalidad de poeta extraordinario, de inspiración robusta, diamantista por las formas externas de sus versos bruñidos, quizás castigados en fuerza de trabajo. Quiero hoy dar a conocer al hombre, de cerca, el padre amante, el amigo afectuoso que no sabe conversar sino en forma oratoria, lo que derramaba en mi alma, arrobos y delectaciones, pero dejándome a la postre, rendido por el estropeo de mi atención, incapaz de no seguirle a través de la historia, la física, química, sociología, literatura y matemáticas.

Nunca en mis días he hallado verbo más fecundo, raudaloso y borbotante, a la par que cálido y fulgente, sólo comparable a río de oro derretido. Bajo esa catarata ignescida, no puede uno hablar, ni él lo permitiera, porque agarra un tema, como el águila coge una presa y así con agilidad aquilina, lo eleva, lo pasea en la altura, lo sacude y lo arroja enérgico para capturar otro tema engendrado por el anterior.

Tampoco deja de ser peligroso el interrumpirle. Leía, una vez, en su aposento del Hotel Iturbide, las *Apuntaciones críticas* del maestro Cuervo, cuando cerró el libro al verme para decir, sin contestar a mi saludo: debieran todos los escritores aprender de memoria esta maravilla. Por ignorarla, nuestros poetas escriben solecismos, como Espartaco en vez de Espártaco y Milciades por Milciades.

«Perdone, vate», le respondí, «pero usted mismo lo ha empleado en la forma prohibida». Cómo me arrepentí de mi imprudencia pedante. «¡Yo! Jamás y está usted obligado a comprobarlo.» «Así, en efecto», le contesté. «En su bellísima composición a los héroes sin nombre, dice usted: «Oscuros Escipiones y Espartacos, en las rudas labores de la guerra, sembradoras de lauros, fuisteis sacos de estiércol, ay, para abonar la tierra». «Mire usted que si dice Espártacos en esdrújulos, ya no consueña con

sacos». «Bien puede ser», me respondió, «en poesía hay licencias, pero en prosa, en la tribuna jamás he pronunciado así». El incidente no pasó a más porque yo fui endulzando mi sonrisa y diluyendo mi voz en un suave pianísimo.

Quedamos ayer, en que le conocí el 31 de octubre de 1901, en la finca rústica veracruzana donde nos aguardaba un banquete. Desde las primeras palabras le estudié, medí, pensé y anatomicé, como hace un secretario judicial con un occiso, o el biólogo con las células. Estructura, mediana, quizás más alta que baja, flaco más que grueso y de un continente vertical, de puro erguido y rígido, con la cabeza inclinada en algo como de humildad soberbia. Encogido un tanto el brazo izquierdo, como recuerdo quirúrgico de un desafío. El rostro, como el de Edison, sería vulgar si no lo salvaran dos ojos negros, abiertos, sin pestañeo, brillantes e hipnotizadores. Su cabello tupido y alto cae en guedejas sobre sí mismo y él lo peina entre sus dedos abiertos en palma, cuando en la conversación va a cambiar de asunto, o cuando en la tribuna preludia sus exordios. Lo más edificante de él es su voz, de entonación clara y vibrante cual si tuviese de metal las cuerdas vocales.

Al ver que en la mesa no comía, le pregunté por la causa y él me dijo: «Mis prisiones y disgustos acabaron con mi salud y apetito.

«Ya me ve usted dispéptico y desgastado en mis plenos cuarenta años». «¿Cuarenta tiene usted?» «Exactamente». Y con esta memoria mía que peca de inoficiosa noté que me estaba mintiendo. Mentalmente le respondí: No es cierto. Usted nació el 14 de diciembre de 1853 para gloria de México, honra de las letras y bien de quienes le admiramos.

A caer de la tarde, todavía seguíamos juntos, pero ya en dos butacas de un coche de ferroviario. Corría el tren por un valle

1 De los *Elogios* de Maragall, la edición de Gustavo Gili, Barcelona, es la que conocemos. Podemos adquirirla fácilmente para quien la desee, por la suma de \$ 3.00,—(N. del E. del R. A.)

angosto, en que ambas laderas repercutían los gemidos, casi sollozos, que apagaban por instantes sus resuellos de fiera fatigada. El cielo anubarrado, se entenebreció derrepente y la pesadumbre de su plomo cayó sobre nuestros espíritus. Quizás por eso la plática rodó sobre la vida, su tristeza y su misterio.

«No me resta ya más que un fanatismo» (recuerdo que le dije), «el de la justicia que no concibo como igualdad, sino como proporción, pues sólo se llama equidad cuando el punto de apoyo está en el punto medio proporcional, como en la palanca sobre que legisló Arquímedes».

«Pues yo» me contestó, con su modestia imperiosa, «ya no creo en el programa moral desbaratado por la geoplasma y la biología».

Y con su arrollador acento de inspirado continuó como sigue:

«Oigame usted. El gran Darwin encontró en la isla de Madera, ciertos insectos coleópteros, rastreros y pedestres muy semejantes a los que pululan en los continentes grandes, sólo que a estos insulares les faltaban las alas. La misma estructura anatómica, color, y alimentación ¡pero sin alas! No admitiendo el sabio que aquella fuese una especie aislada, se puso a investigar y encontró que efectivamente había sido alada, hasta la época en que empezaron a llegar, a la isla, ráfagas huracanadas y arrasantes que la asuelan por períodos largos, las cuales arrebatában para regarlos sobre el mar, a los insectos que volaban y que en el aire carecían de oposición y resistencia. Entonces, la naturaleza, eterna protectora de la vida, produjo en ellos una evolución retrógrada: las generaciones subsiguientes, fueron siendo ápteras, esto es, perdieron las alas, puesto que para ellos era la muerte, sobre el mar. Ahí tiene usted un caso de retrocesión, que nos indica, a las claras, como el fin de las fuerzas, no es el progreso, sino la vida, y aunque está venga a ser rastrera y menguada.

—¿Comprende usted ahora?

«Creo que sí», le contesté. «Corren por la sociedad humana, ráfagas implacables de injusticia y opresión y de esa fuerza armada que «aunque brutal, vence al derecho». Y el talento y la bondad y el genio y la virtud, alas del alma, son ya estorbosos instrumentos que llevan a quien los posea al sufrimiento, y la desgracia, en tanto que viven, medran, triunfan y prosperan los sin alas, porcinos, reptiles y parásitos. Sí, ¡ay del ala que vuela, ay de la pluma que se levanta!»

Después, ya en otro lugar y otro año, me dijo, tomándome de la solapa, como para asegurar mi atención, esta frase que no olvido: «En el mundo, tal y como está ahora constituido por el capitalismo de treinta siglos, el hombre puede vivir sin padre, sin madre, sin salud, sin honor, sin gloria, pero no sin dinero».

Gran contrariedad padeció el vate cuando a la publicación de su libro *Lascas* la crítica general le fué adversa porque la ma-

yoría de sus lectores no comprendieron el libro.

Es que en él, Mirón pasaba a clasificarse entre los modernistas, dichos entonces, decadentistas, y no queríamos que el caudillo se convirtiese en secuaz. La factura de esa obra es y será siempre un portento de prosodia castellana. Mal podían saborearlo los que entonces pertenecían a Juan de Dios Peza, el buen, sencillo y fácil cantor del hogar y sus complacencias, de la patria y sus hazañas. ¿Podrá gozar con la música de Tanhauser, aquel cuyo gusto no pasa de bailables? Pero hay que decirlo todo aunque yo no he nacido para crítico. En los versos de *Lascas*, pule tanto, concentra y acendra los conceptos que casi se hacen oscuros, y todos queríamos al pristino fundidor de gemas, al Frey de la poesía que regalaba esmeraldas y rubíes para todas las gargantas.

A mí me dijo: «Mis versos antiguos traducen la ilustración general y el sentir común. Por eso mi éxito. Pero escribir por lisonjear al gusto común, es una juglería que no me perdono». Yo no le contesté lo que pensaba, allí mismo, respetando su hiperestesia nerviosa, pero en carta le dije todo esto y algo más:

«Ha causado usted alguna decepción, vate querido, versificando asuntos baladíes, cantando, por ejemplo a una gigante de ladrillos. No ha sido ese su papel, ni es esa su misión en la poesía de América, que es un mundo de poesía. El atleta no debe fabricar alfileres. Está bien que manos femeninas armen flores de trapo y enfermos de ataxia, tejan calceta. Pero los ciclopes, sólo sabían hacer rayos y queremos de los que sólo usted sabe forjar, rayos de luz, para disolver oscuridades, de esperanza, para consolar a los tristes y de tempestad «para fundir infamias y miserias, para azotar conciencias ulceradas». Con la vara mágica de su inspiración toque usted esa peña del egoísmo idolátrico, más árida que la roca de Horeb, y estoy seguro de que, como un día Moisés, hará usted brotar raudales de linfas puras, para las tres sedes que nos agobian y calcinan: sed de saber, sed de justicia, sed de libertad. Hágalo usted por Dios, para que las posterioridades, al pie de sus estatuas, saluden a usted como el egregio Rubén Darío, le saluda con las palabras de Dante: *¡Honorate al altísimo poeta!*

FLAVIO GUILLÉN

El buen ejemplo

Ahuachapán, 19 de Nov. de 1926.

Sr. Don Joaquín García Monge.

Editor del REPERTORIO AMERICANO
San José, Costa Rica.

Muy distinguido señor: Envío a Ud. mi letra duplicada N.º 145.434-29.228. Corresponde a tres dólares. La suscripción del REPERTORIO suplico a Ud. no se me interrumpa por nada. Su revista deben leerla todos los hombres que tengan ideales. Es la que representa a Nuestra América.

Con todo cariño, soy de Ud. atto. S. S.

MARIANO CORADO ERRIAZA

Bibliografía titular

Los impresos de la semana

De la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, México:

BOLETÍN, Tomo II, Núms. 7 a 12.

Anales de Instituto Geológico de México, Tomo II. Número 4.

Instituto Geológico de México, *Boletín* Número 43.

Del Consulado de Cuba en San José de Costa Rica:

Por la Patria. Discursos pronunciados por el General Machado y Morales, Presidente de la República de Cuba, durante su excursión a las provincias de Oriente y Camagüey, del 21 al 26 de Junio de 1926. Con un prefacio de Arturo R. de Carricarte. Habana. 1926.

De la Fondation Rockefeller (61 Broadway. New York):

Compte-rendu de l'oeuvre accompli en 1925 par George E. Vincent, President de la Fondation. New York 1926.

De la Secretaría de Instrucción Pública de Panamá:

El Día del Libro en Panamá. 28 de Agosto de 1926. Panamá. 1926.

De la Secretaría de Relaciones Exteriores de México:

Bibliografía de Sinaloa Histórica y Geográfica, por José G. HEREDIA. México. Monografías Bibliográficas Mexicanas. MCMXXVI. Número 6.

Del Centro Cultural Cuautemoc (Ap. Postal Núm. 12. México, D. F. México):

La Diplomacia del Dólar. Un estudio acerca del imperialismo americano, por SCOTT NEARING y JOSEPH FREIMAN. Sociedad de Edición y Literaria Franco-Americana. S. A. Av. 5 de Mayo 29 y 45. México, D. F. 1926.

De los Autores:

Alberto Guillén (Avenida Arica, 121. Lima): *Fragmentos* de los libros *Polen* y *Triño*. Comentario de Héctor Cuenca. Maracaibo, Venezuela. 1925.

Ricardo Fernández Guardia (San José de Costa Rica): Al público salvadoreño. *La otra campana*. 1925. Imp. Lehmann, San José de Costa Rica.

César A. Rodríguez (Casilla 20, Arequipa, Perú): *La Torre de las Paradojas*. Poesías. Ediciones [de «Nuestra América». Buenos Aires. MCMXXVI.

Fernando Ortiz, (Calles L. y 27. Habana, Cuba): *Proyecto de Código Criminal Cubano*. (Libro Primero o Parte General). Ponencia oficial. Habana, 20 de Febrero de 1926.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Dos cantos de *La Zafra*¹

Poema de combate

Por AGUSTIN ACOSTA



Los centrales de hoy

Vedlos: son los colosos, los gigantes, los dueños...
No son obra gloriosa de ideales empeños,
sino la cristalización del latifundio...
Tienen la actualidad máxima de un gerundio
y la determinante pesadez de un adverbio.
Predispone en su contra el talante soberbio
de sus bateyes dándonos el patrio desengaño
de ver en nuestro suelo nacer un pueblo extraño,
tras el dolor glorioso de las luchas epónimas...

Obra de complicadas compañías anónimas,
de superintendentes y de managers, cuyo
reglamento alguien hizo mientras mascaba andullo...

Son los pulpos diabéticos de absorber la dulzura
de esta tierra cubana. Aman la Agricultura
como el rico que alzara hospitales suntuosos
y cobrara pensión a los menesterosos...

Los molinos exprimen menos jugo a las cañas
que el que las refacciones sacan a las entrañas
de los pobres colonos que dan al amo extraño
el oro que les rinde la cosecha del año...

Los jardines son bellos... hermosas las viviendas...
Rubios americanos dirigen las moliendas...
Y poco importa a ellos la criolla ignominia
si hay buen whiskey y hay húmedo tabaco de Virginia...

Ellos respaldarán—severos fiadores—
los débitos innúmeros de los acreedores;
y a la caña exprimida, hecho el propio descuento,
le darán—es lo honrado!—un desmoche sangriento...

El colono que antaño dominara sus feudos
tan sólo tiene ahora despotismos y adeudos.
Y menos mal si al cabo, imprevista y violenta,
no arroja al camino la quiebra fraudulenta:
el embargo que otra sociedad soslayada,
en el fondo la misma—judicialmente airada,
traba sobre la dueña del Central poderoso
que alza en campos de Cuba su mole de coloso,
y mientras bajo el cielo de la patria se engríe,
Licurgo, en Nueva Esparta, guiña un ojo y sonrío...!

Apóstol...! Es un poco ridículo invocarte...
Yo sé que este poema está—fuera del Arte;
que el patriotismo sirve para logros cercanos...
Pero si tú no vuelves, ¿quién salva a los cubanos?

La danza de los millones

Eran mares de oro. Los billetes de banco
cubrían la avaricia de los cheques en blanco.
Eran mares de cifras, de Letras, de dinero...
(Y nadie recordó que el mar es traicionero).

Improvisamos bellos palacios encantados...
No previmos el áspero tiempo de la ubre seca:
y firmamos leoninos contratos argollados,
y se vistió de Hada Madrina la Hipoteca...

Y así, por ese puente legal, débil y estrecho,
—estribo en que descansan codicias y patrañas—
por la virtud fatal y ambigua del Derecho,
pasaron nuestras tierras a las manos extrañas...

Fué el tiempo de las sedas... de las piedras preciosas...
del champaña triunfante... del placer mercenario...
El rosal de la patria marchitaba sus rosas...
Y sólo había un héroe genuino: el millonario...!

Se olvidaba el camino de la Santa Teresa:
el apache medraba... y al amor de la Cruz
sonreían los raros ojos de la Apachesa
con su amor de misterio sin eclipse y sin luz...

Cornucopias inmensas derramaban su oro...
Los zingaros del mundo elevaban la voz...
Ya Dirce estaba atada a los cuernos del toro,
mas la fuente se hizo por la gracia del dios...

Tiranía de entonces... Cotización extraña...
El contrato abarcaba codiciados terrenos:
apresó a la libélula la falaz telaraña...
Y ahora somos esclavos de tesoros ajenos...!

Cordialidad política...! Embajada reciente...!
Y Wall Street, con sus banqueros usurarios,
impidiendo a la patria el empuje solvente
que instituya y que rija los auxilios agrarios...

Ofrecimiento magno de millones... Promesas
de tratados... Estériles visitas diplomáticas...
Al molino detienen invisibles represas...
Las ideas se ajustan a imposibles gramáticas...

Y mientras la amenaza del central poderoso,
bajo el cielo de Cuba se solaza y se engríe,
sus rapaces tentáculos destornilla el coloso,
y Licurgo, en Esparta, guiña un ojo y sonrío...!

¹ Agustín Acosta: *La Zafra*. Poema de combate. Ornamentación por José M. Acosta. Habana, 1926.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El gigante invisible

Había en un tiempo un gigante. De cómo comenzó su vida nadie lo sabe; aunque sí saben que es él tan viejo como el mundo y de eso están bien seguros.

Nadie lo ha visto, nadie sabe tampoco en donde vive, él viene y va cuando le place pero siempre invisible. Algunas veces, travieso, juguetea levantando los techos de las casas, lanzándolos por el aire como si fueran bolas; después, arrolla las grandes olas elevándolas muy alto y los mejores barcos han sido sepultados en lo más hondo, arrebatados por las bravas y blancas espumas del océano.

El también penetra en los bosques y arranca de raíz los grandes árboles poniéndolos unos sobre otros, interceptando el paso con ramas y con hojas.

¡Y qué asustadas se ponen las gentes cuando en presencia de ellas derriba sus viviendas! Y huyen para salvar sus vidas y él entonces, sobre sus fuertes alas los eleva alto en el aire y sin piedad los lanza luego contra el suelo. Pero no siempre es cruel, oh, no!

Hallábanse en la cálida ciudad unos niños enfermos; todos creían que morirían y la madre llorando se decía «Si viniera solamente un soplo de aire puro!» El gran gigante se apiadó entonces de los pobres pequeños y ansioso por salvarlos, barrió la fresca brisa de los montes, que entró por la ventana abierta y abanicó a los niños mientras dormían.

También había unas semillitas agrupadas en una vaina seca. «Ustedes no podrán crecer aquí», gritó el gigante. «deben ir lejos por el mundo si quieren ser de alguna utilidad». «Pero tenemos miedo», dijeron las tímidas semillas, y el viejo gigante las llevó lejos de su casa a un lugar encantador donde había una alfombra de musgo verde y un gran roble cuyas hojas lucían ya los trajes nuevos del otoño.

Cubiertas con suaves mantos grises, las hadas de la lluvia bajaron de los cielos y dijeron: «Oh, las pobres cansadas semillitas, dejémoslas reposar» y dulcemente las llevaron a un cómodo lugar para que así pudieran dormir en el blando lecho de suave tierra que la naturaleza había ya preparado para ellas.

Jack Frost¹ las acogió en su seno y las abrigó con una gruesa capa de blanca nieve y ahí durmieron mientras volvió la primavera. Bueno... entonces ustedes se encargarán de preguntar al roble lo que les pasó después a aquellas semillitas.

Este gigante también canta y Uds. lo habrán oído muchas veces bramando a través de las copas de los árboles tan fuertemente, que deben de haber sentido miedo.

Y en las noches de invierno, cuando sentados al rededor del fuego escuchan las historias reales que la abuelita suele contar recordando sus días primaverales, lo han oído también silbar por entre el huequecillo de la llave de la puerta principal; no hay duda que él se sentirá feliz de poder entrar a poner todo en desorden, pero se ha quedado afuera.

¿Cuál es el nombre de este gigante? ustedes preguntarán. El es el Viento.

Y cuándo él viene y adónde él va, a nadie importa, nadie lo sabe. Yo creo que desde el comienzo de los tiempos, este viejo gigante de nadie ha sido visto.

Lo vuelve a contar E.

Muerte de Sócrates

...Luego que tomó el baño y se le trajeron sus niños (pues tenía dos hijos pequeños y uno grande), llegaron también a su lado las mujeres de su familia. Conversó con ellas en presencia de Critón, les hizo las recomendaciones que quiso, hizo luego salir a las mujeres y a los niños, y volvió a entrar donde nosotros estábamos. Era ya casi la hora de ponerse el sol, pues había permanecido mucho tiempo en el cuarto de baño. Saliendo de él se sentó, después de lo cual no tuvo modo de conversar mucho, pues se le acercó el servidor de los Once y parándose cerca de él le dijo: «Sócrates, creo que no he de reprocharte a ti lo que reprocho a otros, que se enojan conmigo y me maldicen en cuanto les mando por orden de los magistrados que tomen el veneno. He conocido bien en todo el tiempo de tu prisión que tú eres el más valeroso, el más suave y el mejor de los hombres que jamás han estado aquí; y ahora bien sé que no te irritarás conmigo, sino con aquellos que han causado tu desgracia, a quienes tú conoces bien. Ahora ya sabes lo que vine a anunciarte. Adiós, y trata de soportar lo inevitable con la mayor resignación». Al decir esto se volvió y se alejó derramando lágrimas. Sócrates mirándolo le dijo: «Yo también te doy mi adiós; haremos lo que ordenas». Y dirigiéndose al punto a nosotros: «¡Cuánta bondad la de este hombre!» dijo: «durante todo el tiempo se me ha acercado, conversaba a veces conmigo, y era el mejor de los hombres; ahora ¡con cuánta generosidad me llora! Pero vamos, Critón, obedezcámosle, tráigame alguien el veneno si está machacado, y si no, que lo machaque el hombre.—Pero, Sócrates, dijo Critón, yo creo que el sol está todavía sobre las montañas y no se ha puesto aún. Además, yo sé que otros han bebido el veneno mucho después de habérselo ordenado, después de haber comido y bebido con exceso, y haberse entregado a otros placeres. No te apresures, pues: hay tiempo todavía. A lo cual Sócrates replicó: «Su razón tendrán, Critón, para obrar así los que tú dices: creerán que ganan algo con hacerlo; pero yo tengo también mis razones para no proceder del mismo modo: creo que nada adelantaría tardándome unos momentos en tomar la cicuta, fuera de hacerme ridículo a mí mismo mostrándome tan apegado al vivir y temiendo a lo que no es nada. Vamos, haz lo que te digo y nada más».

A esto Critón hizo señal al esclavo que estaba cerca. El esclavo se fué, y después de considerable tiempo volvió con el que debía dar el veneno, que lo traía machacado en una copa. Al verlo Sócrates le dijo: «Ea, amigo mío, dime qué hay que hacer, pues tú sabes estas cosas».—Nada más, respondió, que pasearte cuando lo hayas bebido, y cuando ya sientas las piernas pesadas, acostarte: así el veneno obrará por sí mismo. Y le entregó la copa. Sócrates la tomó, hubieras visto, Echócrates, con cuánta calma, sin temblar, sin demudar la color, sin alterar el semblante! Según su habitual manera miró al hombre con firmeza, y le preguntó: «¿Qué dices de hacer una libación con esta bebida? ¿Es permitido o no?—Sócrates, le contestó, nosotros machacamos tan sólo lo que creemos suficiente. —Comprendo, dijo Sócrates, pero al menos debe ser permitido y conveniente pedir a los dioses

¹ Jack Frost: espíritu de la nieve. Invierno.

que sea feliz el paso de esta morada a la otra: esto es lo que les pido, y ¡ojalá escuchen mis ruegos!» En diciendo estas palabras se detuvo con singular tranquilidad y dulzura. La mayor parte de nosotros habíamos podido contener las lágrimas hasta entonces; mas cuando lo vimos beber y después de haber tomado el veneno, ya no nos fué posible contenernos. A pesar de mis esfuerzos las lágrimas me bañaron el rostro en abundancia, de suerte que me cubrí para llorar por mí mismo: que yo no lloraba tanto por él sino por el grande amigo de que quedaba privado. Aun antes que yo, Critón se mostró incapaz de contener sus lágrimas, y se salió. Apolodoro, que desde antes no había dejado de llorar, con sus alaridos, gemidos y lamentos no dejó a ninguno de los presentes a quien no hiciese llorar, excepto al mismo Sócrates, que nos increpó así: «¿Qué hacéis, amigos míos? Precisamente para evitar espectáculos semejantes hice que las mujeres se marchasen, pues he oído decir que es preciso morir en medio de buenos presagios. Calmaos y mostrad firmeza». Al oír estas palabras sentimos vergüenza y contuvimos nuestro llanto. Sócrates caminaba, y cuando sintió que las piernas se le ponían pesadas se acostó boca arriba como se lo había prescrito el hombre que le había dado el veneno. Este le examinaba por intervalos los pies y las piernas. Después le apretó los pies fuertemente y le preguntó si sentía. Sócrates contestó que no. Después también le apretó fuertemente las piernas, y continuando para arriba, nos mostraba cómo se helaba y ponía rígido. Lo tocó de nuevo y nos dijo que en cuanto el frío llegase al corazón dejaría de existir. Ya comenzaban a helarse las regiones del bajo vientre y descubriéndose Sócrates, pues estaba cubierto, dijo (y estas fueron sus últimas palabras): «Critón, debemos un gallo a Esculapio. Pagad la deuda, no la descuidéis».—Así se hará, contestó Critón; pero ve si tienes algo más que decir. Nada respondió Sócrates a esas palabras. Al contrario, pocos momentos después hizo un movimiento y el hombre lo descubrió: tenía los ojos fijos, y Critón al verlo le cerró la boca y los ojos.

Tal fué, Echécates, el fin de aquel hombre, nuestro amigo, de quien pudiéramos decir que fué el mejor, el más sabio, el más justo de todos los hombres que hayamos conocido jamás.

Según PLATÓN

El Caballero de Emmaús

Y aconteció que al declinar el día caminaban los dos tímidamente hacia la polvorosa lejanía de Emmaús, que en el límite surgía como un dado de piedra reluciente. Y evocaban con dejo compasivo del buen Maestro la final escena: su dolor, su desmayo fugitivo y el anuncio que el Hijo de Dios vivo hizo al grupo feliz de Magdalena. Y hé aquí que por el árido sendero súbito se acercó, sin ser oído de los dos, un extraño compañero, y era el mismo Jesús, como un viajero que cruzase país desconocido. Y díjoles: «¿Qué pláticas son estas que entre vosotros concertáis andando, y estáis tristes?»

«Tú sólo de las fiestas
—dice Cleofás—retornas ignorando
el prodigio de cosas manifiestas,

mal peregrino!» Y el Señor responde: «¿Qué cosas?» Y ellos: «Pues del Nazareno, cuya gloria sin par ya nada esconde, de Jesús el Rabino y el Profeta, grande, entre todos y entre todos bueno. Del mismo que llevaron al suplicio los príncipes del templo y fariseos y recibió condenación de muerte: que en nosotros prendía los deseos de ir tras su huella; del caudillo fuerte, del Salvador del pueblo! Mas ahora todo acabó y es el tercero día del suceso.

También unas mujeres nos dejaron angustia aterradora al relatar que del sepulcro había desaparecido el cuerpo, y sobre el canto vieron visiones de ángeles ceñidos en túnicas de pliegues luminosos, que les trocaron en placer el llanto diciéndoles que vive.

Presurosos al oírlas, los nuestros a porfía arrancaron, y Juan llegó primero y sólo halló la cavidad vacía, pero no vieron al Señor!

Severo les dijo entonces El: «Oh raza impía tarda de corazón, a la fe dura. ¿Ignoráis el profético relato para Israel y su triunfal historia? ¿Cómo se cumpliría el gran mandato en Cristo, sin la Cruz y sin la Gloria? Y, cual leyendo en historiado muro, expuso ante sus almas asombradas el libro divinal de infracto sello, desde Moisés, en el pasado oscuro, hasta el hombre de pieles de camello. Y fué puntualizando en el Mesías, en Sí mismo, el anuncio milenar que cifraba las arduas profesías, y les mostró, por fin, sobre el Calvario al Varón de Dolores de Isaías... Y entre el blando coloquio sin testigos —extintas ya las ráfagas postreras— bajo el murmurio de los cabrahigos y el moroso vaivén de las palmeras, llegaron a Emmaús los tres amigos. Y el hizo amagos de seguir.

Con viva inquietud le detienen, y a su frente le hace sentar la humilde comitiva: parte al pan—la mirada pensativa— y ellos le reconocen de repente. Y ante sus ojos, de pavor turbados, Jesús desapareció, mientras decían: «¿No nos estremecimos inflamados cuando al venir, sus labios inspirados los misterios recónditos abrían?» Y esos que en el coloquio vespertino en su ruda ignorancia montañesa no advirtieron el hálito divino, lo hallaron en el aire peregrino con que partiera el pan sobre la mesa. ¡Oh pulcritud! Oh sello soberano que un ademán efímero eternizas! ¡Oh distinción que al mísero gusano alas vistes! ¡Oh signo sobrehumano, tú la dividad exteriorizas!

GUILLERMO VALENCIA

Tres personas distintas y una sola ignominia verdadera

PARA la odiosa intromisión de los norteamericanos en nuestros asuntos interiores, y para la explotación desmedida que es su consecuencia, se necesitan tres factores, indispensablemente: el traidor, que entregue; los cañones del Departamento de Estado, que sujeten; y el banquero voraz, que escarbe y desbalije.

A eso, ¡sólo a eso!, se reducen las literaturas oficiales del sirviente criollo que, disfrazado con su irrisoria librea de esclavo presidencial, demanda la limosna de su envilecimiento, denominando *extranjeros* a sus hermanos por la raza, y *bandoleros* a sus compatriotas que mueren por ser dignos y libres. A eso, ¡sólo a eso!, se reducen las retóricas de exportación con que el Gobierno de Washington habla del bolshevismo en México, de intereses americanos en peligro en Nicaragua y de constitucionalización de atracadores al servicio de sus intereses. A eso, ¡sólo a eso!, se reducen todos los gritos calumniosos con que el mercado de Wall Street quiere enturbiar la conciencia del mundo, y especialmente la de su propio pueblo, en las columnas amarillas de una prensa comprada.

Porque hay que decirlo a gritos, sin atenuaciones cortesanías, sin rodeos pueriles, sin miedos femeninos, levantando los velos, para que se vea a las claras esa pústula que tratan de encubrir bajo las gasas del pan-americanismo: *todas esas intervenciones son, en último término, NEGOCIO, nada más que NEGOCIO.* El traidor que abre las puertas, el sujetador que amarra los brazos de la víctima, y el explotador que escarba en sus bolsillos, no son sino tres personas distintas y una sola ignominia verdadera.

Veámoslos actuando:

Oíd estas palabras de Díaz, transmitidas por cable: «Apelo nuevamente al gobierno americano *para la intervención* (!!!) que, con sus altos ideales, es mucho más deseable que la cultura mexicana aliada con la barbarie». Puesto de rodillas, temblando de pavor, ante la nación entera que se levanta airada, ante el grito indignado de todo Centro América, ante la explosión protestadora de todo el Continente, pide que los hombres que nos han explotado, que han enflaquecido nuestros estómagos y han envilecido nuestra honra, desembarquen de nuevo a matar nicaragüenses. Lo pide día a día, hora por hora, minuto por minuto.

¿No os horroriza el hecho de que la especie humana haya podido producir tal engendro? Los puñales que, según el mensaje telegráfico, quisieron ultimarlos en las mismas calles de la capital, son la expresión anímica de un pueblo que ya no está dispuesto a soportar vilipendios. No es extraño que ese hombre, que ya está apuñalado por el odio, llegue también a serlo por el hierro. Cortar la cabeza del traidor es también decapitar la traición. Hay puñales que al herir se ennoblecen. Los arados,

cuando arrancan los troncos, hacen que florezcan los huertos.

Hábiles han sido en su maniobra los yankees, al descubrir para sus planes, al ser único, desprovisto de todo sentimiento, de todo pudor, de todas esas fuerzas que resisten, aunque sea un instante, a las activas tentaciones del delito. Porque, desde ese aspecto, es único en su especie. Desde niño, llamábanle en su pueblo el *Yo que pierdo*, a causa de que jamás hubo para él motivo alguno que pudiera estorbar la comisión de un acto acorde con sus apetitos. ¿Que eso es un terrón de lodo, y que al cogerlo ensuciaría sus manos? ¡*Yo qué pierdo!* ¿Que en esas zarzas van a quedar desgarros de su honor?... ¡*Yo qué pierdo!*... ¿Que la maledicencia va a cebarse en su vida, que el desprecio de sus semejantes va a escupirle la cara?... ¡*Yo qué pierdo!*... Por eso, cuando había que vender a la Patria; cuando era *conveniente* acostarla maniatada en su lecho, para que fuera pasto de lascivia extranjera, surgió a los ojos de los sátiros aquella figurita, mezuquina de alma y cuerpo, el *Yo qué pierdo*, que les abrió las puertas con la mano derecha, al mismo tiempo que extendió la siniestra para recibir los diez dineros que el raptor recogía en los propios bolsillos maternales.

Porque ese Díaz es sin igual *specimen* en la historia de la humanidad. En todo ser humano, por depravado que éste sea, hay siempre alguna línea escrita por mano de nobleza. En Díaz, nada! El es un papel en blanco en el que no hay escrita una virtud. El *Yo qué pierdo*, que se encoge de hombros, sin un asco por nada. Hay quien lo haya comparado con Judas. No, no es cierto! Esa comparación es una calumnia para Judas. Judas se ahorcó. Adolfo Díaz no se ahorcaría nunca; porque colgarse de una soga es un indicio de remordimiento; y Adolfo Díaz es incapaz de conocer esa flaqueza que se nombra remordimiento, ni ese inútil estorbo que se llama vergüenza. Al contrario! El se da el lujo de ostentar ante el mundo las grietas de su lacra moral, esparciéndola sobre el haz de la Tierra por los hilos del cable. Es el orgullo de no poseer orgullo. Es la vergüenza de que sospechen que la tiene.

Tal es la primera de las tres personas en esa trinidad de la ignominia. Voy a esbozaros la segunda.

Los Presidentes y Secretarios de Estado en Norte-América, han tenido siempre, como Jano, dos rostros: el uno para cuando se visten de frac, en las recepciones oficiales y en los banquetes pan-americanistas; el otro, para cuando se quedan en camisa y, arremangándose los brazos, pónense a ligar los jarretes del mísero ganado hispanoamericano, a fin de que pueda el matarife de la banca descuartizar sus carnes. Da gusto oírlos hablando en la tribuna: *frater-*

nidad humana, respeto a las naciones débiles, ayuda a los hermanos de América... Las mil dulzuras evangélicas, unciosamente pronunciadas, y candorosamente recibidas por nuestros engalonados representantes en Washington. Mas, cuando llega el caso, el amor tribunicio se traduce en *bluejackets*; la fraternidad, en cañonazos; el auxilio en empréstitos. Naturalmente, sin dejar aquel vocabulario eufémico, aquel inglés de cuáquero, de labio uncioso y ojos bajos, que encubre la uña bajo el hábito. La violación del territorio es entonces llamada *protección de los intereses americanos*; la ciudad que ocupan por la fuerza, *zona neutral*; y el hombre a quien sobornan para la traición, su triste instrumento de negocios, *Gobierno constitucional*. Porque habéis de saber que esos hombres de la doble cara, que ocupan los más altos puestos en el Poder americano, no son sino compendios de buenos discursos y de malas acciones. No me refiero sólo a Coolidge o a Kellog. Ellos son contingencias en la vida administrativa de aquel megaterio de naciones. Y en ese Gobierno, todos son lo mismo. Tanto da llamarse Coolidge que Wilson o que Roosevelt. Desde hace mucho tiempo, el Gobierno americano ha sido y sigue siendo únicamente un gobierno bancario. El banquero aprieta los resortes, y el Gobierno dispara los cañones. Los que nos hemos hallado en la negra zona intervenida, lo sabemos muy bien, porque los hemos visto en acción, y porque hemos sentido la afrenta y el dolor. Y es bueno que asimismo lo sepan los propios norte-americanos, igualmente víctimas, explotados como fuerzas vendadas, por la avidez de unos cuantos banqueros que operan sobre la máquina gubernamental de su país. ¡Que ellos sepan la verdad amarguísima! Que cada ministro que aparenta presentarlos en nuestras capitales, lo que de veras representan es el interés de una casa financiera; que no son sino agentes de explotación bancaria; que enredan las tramas de la revolución en cada pueblo, atentos sólo a servir el *negocio* de sus amos. Que ellos conozcan que los marinos de sus buques de guerra no van a defender la dignidad de su pueblo, ni siquiera a buscar las viejas glorias de la conquista bélica, sino a servir de centinelas en las puertas violadas de la casa ajena, de atalayas de negociantes sin conciencia, velando por mantener inestorbada la impunidad de los saqueos. Que ellos comprendan que su bandera, el símbolo que debiera ser de sus ideales patrióticos, van a clavarla en los países inermes, haciéndola servir como de trapo de avisos en una factoría de hebreos. Que ellos no ignoren que la prensa amarilla, la que ellos leen a diario y a la que prestan ingenuamente fe, no es sino, en lo que a nosotros respecta, prensa de propaganda mercantil, cuyo fin es el de empañarles los ojos, preparando la pública opinión para desmanes internacionales y atropellos injustos.

Y todo ese engranaje—Casa Blanca, ministros diplomáticos, marina de guerra, periódicos y funcionarios—no representan en nuestros países sino un engranaje, bé-

lico y administrativo, con vistas a la negociación. Eso: negocios, nada más que negocios! En el enorme implemento de una agricultura odiosa, que, manejado por mano mercantil, no tiene más fin que el de llenar el estómago bancario.

Por lo que respecta a la tercera persona de la trinidad, verdadera fuerza de aquella motricidad, no tengo para qué describirla. Ella es conocida de todos, y es de todos los tiempos. Es la misma en Europa que en América, en la Edad Media que en la actual. Es el banquero! Es esa fuerza sin entrañas, que no lleva en el pecho sino monedas de oro en vez de corazón. ¡Es el banquero! El buitre en actitud vertical, que

siempre aparece en donde puede haber carnicería. Es el hambre insaciable, la fe púnica, la habilidad rabulesca, la astucia judía, la moralidad del tanto por ciento, el instinto fértil de la multiplicación. ¡Ese es el que nos tiene en sus garras, por medio del Gobierno de Washington!

Ya diré en otro artículo el mecanismo operatorio en que actúan sobre el cadáver de una patria pequeña esas fuerzas fatídicas que constituyen para nuestra desgracia tres personas distintas y una sola ignominia verdadera.

SANTIAGO ARGÜELLO

México, 25 de Diciembre de 1926.

Jesús, un mito

EL último libro del gran crítico danés Jorge Brandes, se titula de esta manera: *Jesús, un mito*. Tiene por objeto demostrar que la figura de Jesús es mítica como la figura de Apolo, es decir, que ambas son creaciones legendarias, puramente ideológicas, producto de la imaginación de los hombres. Porque ya habría cierta indiferencia en que fueran creaciones de la imaginación de los dioses. Jesús es una irrealdad física. Es curioso que un hombre que ha sabido valorizar admirablemente tantas vidas de hombre, a un Shakespeare, a un Goethe, a un Nietzsche, a un Miguel Ángel, haya querido escribir este libro sobre el Hijo del Hombre, en una época, precisamente, en que se siente en la conciencia del mundo la necesidad de una fuerza del espíritu semejante a la que ha expresado el Jesús de los Evangelios; en el momento en que una parte de la humanidad, sedienta de luz celestial, espera el advenimiento de un gran maestro director del espíritu. Y sobretodo, que lo escriba para destruir en los reinos del alma humana la soberana creación poética que es el maestro de las parábolas. La noticia nos llega en estos días en que el mundo cristiano se prepara una vez más para renovar, en un raptó de infantil alegría, su devoción pura e infinita por la figura central de su leyenda religiosa, en hacer memoria amable e ingenua, de aquel primer episodio de la vida del Rabí de Galilea.

Difícilmente habremos de creer los hombres, y quisiera decir, los hombres de cierta naturaleza espiritual, en que Jesús haya de ser un simple juego imaginario de una escuela de filosofía religiosa judeo-helénica o judeo-romana.

Hay muchas razones para pensar así. Una de ellas es la de que ninguna religión es una simple operación poética o digamos imaginaria. Toda religión es un hecho humano, de los más profundamente humanos. Resulta de muchas cosas, de una complejidad de esperanzas, de ensueños, de ansia de sobrenatural y aún de sagrado terror y

de admiración de la naturaleza. Pero si se quiere, lo que hay de más real en la historia son las grandes y pequeñas religiones. Todas ellas, además, llegan a tener en el momento de su madurez suprema, expresión definitiva, en el genio de un hombre, se llame Moisés, se llame Zoroastro, se llame Buda, se llame Jesús, se llame Mahoma, se llame Lutero o Knox. Como negocios de hombre las religiones adquieren su forma expresiva en la acción de un hombre.

Difícilmente podríamos renunciar los hombres a este punto de apoyo de la conciencia moral que se cifra en la personalidad de Jesús. Renunciar a ello es poner nuestro espíritu sobre el trágico abismo. No, el Maestro nos ha dado una religión adorable que se distingue por el hecho primordial de que nos hace amar a Dios como cosa suprema y a la vida en sus más humildes detalles, en el hombre enfermo, en el niño triste, en el buen sembrador, en la limosna de la viuda, en la melancolía de la mujer joven. Jesús nos dió una religión para hombres; talvez en esto estriba el secreto de este culto nuevo, en que dignificó la vida. Pero aun no se puede ir más lejos. Si se examina el evangelio, si por escrúpulos de razón, apartamos como en el campo de trigo, lo que hemos de considerar como imaginario, los milagros por ejemplo, todos estos detalles inventados para realzar la figura del Maestro, en lo demás la vida de Jesús da la impresión de una majestuosa conciencia humana. Hay hechos y palabras en los evangelios que no pueden haber sido dichas sino por un hombre para que adquieran el don la eternidad y de sabiduría que poseen. Sólo un hombre ha podido estar escribiendo sobre la arena mientras los hipócritas acusaban a la mujer pecadora; sólo un hombre ha podido erguirse generosamente para decir a esa mujer: yo tampoco te acuso: vete y no peques más. Sólo un hombre ha podido lanzar a sus inquisidores esta expresión que no admite juicio: dad al César lo que es de César y Dios lo que es de Dios. Sólo un hombre

ha podido pronunciar el sermón del monte. Nada más que un hombre que conoce del dolor humano. Si a esta lección perdurable que es el evangelio se le quita su signo de expresión vigorosa que es el Maestro, el evangelio no sería más que un ruido de la tempestad o del viento del desierto. Antes de Jesús decía el profeta con profunda razón: mi voz se pierde en el desierto.

RÓMULO TOVAR

San José, Costa Rica).

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 8 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

En San Pedro Sula (Honduras): Don Salomón Ibarra.

En Sta. Tecla (El Salvador): Don Manuel Barba.

En San Salvador (El Salvador): Don Salvador Cañas. Colegio «García Flamenco».

En Guatemala (R. de G.): Don Manuel Soto M. 4.^a Calle Oriente 27.

En Valparaíso (Chile): Don Macario Ortes Ruíz. Casilla 4239.

En México, D. F.: Don J. López Méndez Apartado 1912.

En Lima (Perú): Librería «Minerva». Sagástegui 889.

La suscripción anual, aislada y directa: \$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. ADR. del REPERTORIO AMERICANO

Ap. Letra X

San José de Costa Rica, C. A.

Informaciones Sociales

Organó en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América.

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales

Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.